

 

LA REVISTA DE LOS HIJOS DE LA NOCHE

# REFUGIO BIZARRO





|   |    |
|---|----|
| <i>El sexo en el folk horror cósmico</i> , por <b>Carlos Ruíz Santiago</b> .....              | 3  |
| <i>Alambradas</i> , por <b>Santiago Eximeno</b> .....   | 6  |
| <i>Porcoverme</i> , por <b>Ricardo Meyer Manríquez</b> .....                                  | 10 |
| <i>Quédate siempre a mi lado</i> , por <b>Lucas Naranjo</b> .....                             | 22 |
| <i>Areopagus</i> en Las Estancias de Madame Venus, por <b>Yuke Kabula</b> .....               | 33 |
| <i>La gratitud de un padre</i> , por <b>Víctor Piña González</b> .....                        | 53 |
| <i>El horror de Hohokam</i> , por <b>Bruce Bryan</b> (traducción de <b>Yuke Kabula</b> )..... | 58 |

*Algo se arrastraba y se arrastraba y esperaba ser visto, sentido y oído.*

**Howard Phillips Lovecraft**

## EL SEXO EN EL FOLK HORROR CÓSMICO

Si hay algo que me haya causado pasión alguna vez, es el saber qué hay en el terror detrás del terror, de dónde surge el miedo tras de lo evidente. El folk horror es tan buen ejemplo como cualquier otro. El miedo surge de muchos más lugares, a parte de los cruces de madera, cráneos de ciervo y cosas que moran en la oscuridad de un bosque.

El folk horror se basa en recordar lo que ya habíamos olvidado, en vivir traumas que creíamos superados. A veces es más obvio, como en *The Ritual*; otras veces juega más con el horror generacional y con terrores antediluvianos que hemos preferido dejar relegados a lo más profundo de nuestra psique. Y, sin embargo, hay siempre un concepto que se repite, por variado que sea el prisma por el que se mire el género: la corrupción.

Al final, el terror más efectivo se basa en retorcer lo conocido, en aplastar el lugar seguro. O, incluso, mejor infectarlo, que pase a ser algo completamente distinto a lo que en un principio fue. Algo que, paulatinamente, te arrebata lo que eras. Si lo pensáis, tiene mucho sentido: los caníbales se vuelven wendigos, las hadas sustituyen a los niños y las brujas maldicen y transforman la carne de los desgraciados. Al fin y al cabo, si nos retrotraemos a la esencia del género, el folk horror no es más que el terror místico y antiguo a descubrir que las cosas que creemos leyendas sean verdad. Y, todas nuestras leyendas, al fin y al cabo, son deformaciones de la totalidad humana. Tal y como he dicho antes: corrupciones.

Sin embargo, hace mucho tiempo que el folk dejó de ser las historias que nos contábamos a la luz de las hogueras, y es que nuevos mitos han tomado el relevo en la propia ficción. Y es aquí donde Lovecraft entra en juego, creando una de las piezas de horror folclórico más interesantes: el *Horror de Dunwich*. Sé que, a priori, considerar obras como esta o *La sombra sobre Innsmouth* folk horror puede parecer un salto de pértiga argumental; no obstante, los elementos están ahí: el lugar apartado, las entidades antiquísimas, las consecuencias de la corrupción de mente cuerpo y alma... De hecho, incorporan incluso el tópico del turista que acaba metido en una historia mucho más vieja que la humanidad misma.

El horror cósmico no es más que «el folk horror de las estrellas»: incluso su narración ominosa y a veces descreída aporta la sensación de estar contando una historia contada mil veces, como una leyenda que el mismo

narrador no parece creerse hasta que es demasiado tarde. Y, en todas las historias de Lovecraft que tocan de manera más clara este género, como son las ya mencionadas, lograba entremezclarlo con una de sus obsesiones más particulares: el sexo.

Hay que entender que la concepción del escritor de *Providence* del sexo como de terror se aleja de figuras más modernas, como las ideas de la nueva carne que hoy en día están más en auge, ya que prefiere representarlo de formas algo más sutiles, aunque con consecuencias igualmente terribles. El sexo, por definición, es un modo de vulnerabilidad y, por lo tanto, de corrupción fantástico que se entremezcla con el folk sin ningún tipo de problema. Esto no lo inventa Lovecraft, ya en los mitos griegos Hermafrodito sufre una transformación digna de Cronenberg como causa de una violación. Sin embargo, él le da una nueva faceta. Son las cosas horrorosas que hizo el viejo Whateley o la verdad sobre los habitantes de Innsmouth. Es el sexo como corrupción, el cómo la leyenda y lo externo penetran en lo más privado de nuestra esencia y la corrompen hasta el tuétano. Si os paráis a pensarla, tiene un punto bastante original: estamos acostumbrados a que, en el folk, sea el individuo el que se interna en el territorio de la bestia; aquí, por otro lado, es la bestia la que se interna en el hombre y lo deforma, destruye y controla a través de su intimidad.

En los maravillosos cómics de *Providence*, de Moore y Burrows, se ahonda mucho más en esta idea de la violencia sexual en los mitos. Lovecraft, a pesar de su estela Pulp, siempre fue un escritor con un cierto aire de refinamiento que, en la mayoría de ocasiones, evitaba de manera habilidosa tocar ciertos temas escabrosos. No los eliminaba, pero quizás sí rebajaban lo explícito de los mismos. Por el contrario, en el cómic que menciono podemos ver en toda su horripilante y apestosa gloria las cosas indecibles que los dioses antiguos causan en los hombres con tal de perseguir sus objetivos. Como veis, se crea un folk horror personal, con sus propias deidades, contextos, leyendas y cuentos de más allá del espacio y el tiempo; haciéndonos a nosotros simplemente desconocedores y víctimas de ellos.

No es algo descabellado, y es que, de hecho, la progresión lógica acabó siendo tratar temas más relacionados con la invasión extraterrestre: una evolución obvia que podemos ver en relatos como *El que susurra en la oscuridad*. El placer lleva a la disolución del «yo» en la mayoría de concepciones de horror con elementos sexuales, pero en la obra del maestro

de Providence se encuentra el temor de enfrentarse a ello, al sexo mismo como terror, no desde lo mojigato y religioso, sino desde lo desconocido. Y no solo en Lovecraft, sino en lo lovecraftiano y cósmico, antes y después de él. Se ve en *El gran dios Pan* de Machen y su uso de las mujeres como vector del terror, o en viscerales historias de Lumley como *The Burrowers Beneath*. Incluso en nombres más modernos que se alejan mucho de la raíz como *Experimental Film* de Gemma Files.

Lo que nos da miedo siempre nos va a dar miedo. Pero, a veces, se siente interesante pararse a pensar que, quizás, nos dé miedo de más maneras de las que creemos. Que, tal vez, detrás de los tentáculos y el lenguaje ignominioso hay muchas cosas que ni siquiera el propio autor sabe. Que los mitos que conforman el folcloré del que el horror se alimenta no son más que la fusión de una problemática común, en un tiempo y lugar concretos, junto con los miedos de alguien transmitidos de manera correcta por un buen narrador. Todo, por supuesto, aderezado por el paso de mucho, mucho tiempo.

Incontables eones pedían algunos, aunque ahí ya no me atrevo a opinar.

**Carlos Ruiz Santiago.**

2025.



Desde su antología *Lo grotesco*  
llega un relato de...

**¡SANTIAGO EXIMENO!**

El día que marché al frente mi madre estuvo a mi lado. Quiso darme un abrazo, claro, pero no pude corresponderla. Ella, dolida por mi inevitable rechazo, estuvo pendiente de cada uno de mis movimientos, como si al hacerlo pudiera grabarlos para siempre en la memoria y así lograr que los recuerdos impregnaran la casa. Mi padre no me prestó atención. Unido a las muletas, paseaba de aquí a allá, recorría el salón de nuestra pequeña casa como si fuera el escenario de un premio deportivo, apartando allí una silla, rodeando allá el sofá. Se movía con mucha habilidad con aquellas extensiones de madera que él mismo había fabricado. Fantaseaba con la idea de mutilarse, de amputarse una pierna a la altura de la rodilla, como algunas madres hacían a sus hijos, asegurándoles de esa forma una carrera de funcionario lejos de la muerte, de las armas, del cambio. Fantaseaba con lograr un ascenso si reunía el valor suficiente para cortar justo debajo de la rótula. Mi padre jamás comprendería qué me había llevado a decidir marcharme al frente. Él era un egoísta, un incapaz. Nunca entendería a un patriota.

Vi llorar a mi madre, rota de dolor, desde la parte de atrás del camión que nos transportaba a las líneas enemigas. Quise compartir su dolor, llorar como ella hacía, pero era algo que también me estaba vedado. Así que me limité a contemplarla allí, en mitad de la plaza del pueblo, sola, llorando mi ausencia

como lloró en su momento la de mi hermano, mientras el camión se alejaba y nos conducía hasta el horror de la Gran Guerra.

Compartía viaje con otros tres soldados, modificados como yo. Se sentaban frente a mí dos Trincheras, y a mi lado un Bayoneta, de los de arma afilada por brazo y mirada huidiza. Los Trincheras ocultaban los rostros tras el descomunal motor oxidado que les servía de máscara. Las hélices de acero que brotaban del eje, de casi medio metro de largo, rozaban el techo del vehículo e incomodaban cada uno de sus movimientos. Permanecían en silencio, con las manos cruzadas sobre el regazo. Yo no sabía si en realidad podían hablar, nunca había visto a uno de ellos tan de cerca. Los recordaba de los papeles del periódico, donde fotos del frente mostraban a muchos de ellos trabajando en la tierra, horadándola para formar los túneles que nos servirían de refugio frente al enemigo. Aquí, tan cerca, sus rostros desaparecían en un agujero oscuro recubierto de orín, una fosa que no permitía discernir ni un solo rasgo de humanidad que hubiera pervivido tras la modificación.

—¿Un cigarrillo? —me dijo el Bayoneta y le respondí que no, pues pensé que me lo ofrecía.

En realidad lo pedía, y mi gesto le hizo sentirse incómodo. Bajó la mirada, rebuscó con la mano desarmada en imaginarios bolsillos de su uniforme sin resultado. El rugido del motor del camión me mantenía despierto, pero lo único que quería era cerrar los ojos y llegar allí donde tuviera que ir. A luchar contra el enemigo. A ganar una guerra que no era la mía. A morir, como mi hermano. Poco a poco la tensión del día me venció. Poco a poco dejé que me ganara el sueño.

Y soñé.

Soñé con soldados alemanes, los rostros cubiertos por máscaras de gas de las que brotaban tubos que se hundían en sus torsos. Soñé con carros blindados con rostros humanos, con zeppelines tripulados por hombres sin rostro que bombardeaban nuestro pequeño pueblo. Y soñé con mi padre, mutilado, arrastrándose por la plaza del pueblo mientras mi hermano, unido a los restos del biplano que formaba parte inseparable de su cuerpo, reía a carcajadas y lloraba sangre.

Desperté sobresaltado. Sudaba. Me asomé al exterior del camión para sentir la brisa en el rostro. Y los vi allá arriba, tan cerca, tan lejos. Tan majestuosos. Biplanos. Hombres unidos a plataformas de tela de lino por alambres de acero sobrevolaban los campos de batalla, primero en misiones

de reconocimiento aéreo, después en labores de bombardeo. Cuando bajamos del camión ya había anochecido, pero un puñado de ellos revoloteaba sobre nuestras cabezas, recortados contra la luna llena. Mi hermano había sido uno de ellos hasta que uno de aquellos alemanes le había derribado. Todavía recordaba los fragmentos de su cuerpo modificado, quebrado como la madera que le recubría gran parte de los miembros, cuando nos entregaron su cuerpo.

El camión se había detenido junto a un pequeño puesto avanzado, apenas unos sacos de tierra mal amontonados y una garita que cubría la entrada a la zona de intendencia de las trincheras. Más allá podíamos intuir el frente, ese territorio baldío que separaba nuestras dos pequeñas ciudades subterráneas, paraíso de ratas y de seres abandonados a su suerte. Saludé alzando la mano al hombre que se acercó hasta nosotros. Tenía rango de teniente y probablemente tuviera mi edad.

—Bienvenidos al frente, muchachos. Encantado de veros —dijo, pero los ojos contradecían sus palabras.

Nos miraba como la joven que entra en la caseta de la feria con su novio, arrastrada al interior oscuro y maloliente, aterrada ante la expectativa de contemplar algún horror de la naturaleza. Y las pupilas se le dilataron aún más cuando me vio.

—Hijo, ¿cuánto pesas? —me preguntó.

Yo estaba desnudo frente a él. Frente a todos, en realidad. Mi piel había sido modificada para soportar el frío y la planta de mis pies había sido alterada para no sentir la humedad del barro que estábamos pisando. No querían perder el trabajo de dos años por unos malditos pies de trinchera, claro que no. Así que mi presunta fragilidad, necesaria para ser ubicado correctamente, era sólo eso, presunta. No necesitaba su compasión, ni siquiera su cariño. Necesitaba que me dejara formar parte del frente, que me permitiera ganarme mi sueldo. A pesar de eso le hablé con respeto, pues era un teniente, probablemente el mío.

—Treinta y dos kilos, señor.

Y el teniente asintió, se quitó la gorra y se pasó la mano por la frente.

—Muy bien. Muy bien. Nos vamos a repartir. Hijo, ve con el sargento. Hay otro como tú esperando con él. Os llevará hasta vuestros puestos. Los Trincheras, por favor, seguidme. Y tú también.

Señaló al Bayoneta que, cabizbajo, fue tras él. Estaba empezando a llover. Caminé detrás de un sargento de asalto, de los de cabeza blindada y aspilleras

por ojos. No hablaba mucho, claro, pues el rostro había sufrido tantas alteraciones que la boca apenas era una rendija mal trazada, una necesidad que no había podido ser suprimida para permitir su alimentación. Me indicó por gestos el camino. La lluvia recrudecía y las paredes de las trincheras se deshacían como el pan de centeno. Mientras el barro me empapaba pasé junto a hombres, modificados o no, que me miraron con repugnancia y respeto. Para todos ellos nosotros éramos nuevos, diferentes. Constituíamos la sorpresa, lo que los alemanes no podían esperar. Éramos la Alambrada.

El laberinto subterráneo me confundía. Apenas podía mantener el ritmo del sargento. A cada paso que daba se me hundían los pies en el barro, tropezaban con ratas, vivas y muertas. La lluvia era ahora tormenta. La noche era oscuridad. Perfecto. El sargento alzó una mano, nos detuvimos. Y allí estaba mi compañero. Para cualquier otro habría pasado desapercibido, pero yo podía descubrir en esa contorsión imposible del alambre de espino el cuerpo del hombre con el que pronto estrecharía las manos.

Me despedí del sargento, ascendí por una pequeña escalera de madera hasta el exterior. Sentí miedo, claro. Pánico. Podrían dispararme en aquel mismo instante y no podría hacer nada para evitarlo. Pero nada ocurrió. Era noche cerrada. Llovía. Y todos sabíamos que esas eran las noches en las que las tropas avanzaban y en las que las guerras de trincheras se enfangaban de sangre.

—Hola —dijo la otra Alambrada.

—Hola —susurré yo.

Le estreché la mano. Coloqué el cuerpo en una posición imposible para cualquier otro ser humano. Ya éramos ambos Alambrada. Ya formábamos parte de ella. Sentí el alambre de espino de mi compañero hundiéndose en la piel de la palma de mi mano. Sentí el dolor, un dolor que me mantendría alerta, que me mantendría despierto. Porque ellos vendrían esta noche. Avanzarían al amparo de la oscuridad, de la lluvia. Y allí estaríamos nosotros, esperando.

Esperando para darles un abrazo.

# PORCOVERME

POR  
RICARDO  
MEYER



*Entre las sombras de Nueva Baviera, circulan muchas leyendas y habladurías. Y muchas giran en torno a la adusta figura de cierto ocultista retirado. Este es uno de los innumerables mitos que se construyeron en torno a él.*

## **I. Un revés en la Dalila Amarilla.**

Son las diez de la mañana en La Dalila Amarilla, una cafetería en el centro de Nueva Baviera. Temblando, Ovalle se tomó el capuchino de un trago. Los nervios lo consumían por completo; no en vano, aquel ya era el séptimo cigarrillo que fumaba. No ha dormido en toda la noche; la cantidad de emociones que había experimentado en aquel pequeño lapso de tiempo rayaba en lo excesivo. En el interior de la cafetería, ve como Eric Krause, uno de los involucrados, coquetea con la mesera. Es inconcebible que mantenga la calma de ese modo, y más sabiendo lo que prácticamente acaba de pasar.

—¡Ovalle! —exclama una voz a sus espaldas, dándole un pequeño toque en el hombro— ¿Qué te hizo parar tan temprano? ¿Encontraste trabajo al final?

Ovalle se voltea, nervioso, casi dando un salto. Su interlocutor no es otro que Sergio Hassan, un abogado cuarentón que había ayudado a Ovalle en más de una ocasión durante su estadía en el SENAME, una suerte de orfanato para marginados de la República de Chile.

—Joder, Don Sergio —exclama Ovalle, apagando el cigarrillo—, no me pilla en buen momento.

Don Sergio mira de reojo, prestando atención a la cantidad de cigarrillos apagados y sobres de azúcar rotos que reposan sobre la mesa.

—¿Qué te pasó? ¿Todo bien? —preguntó, arqueando una ceja— ¿No te habrás metido en un lio? Ya no estás en edad para eso.

Ovalle no responde, en su lugar, dirige la mirada al interior. Don Sergio nota el gesto, dándose cuenta de que la mirada iba dirigida a Eric Krause.

—¿Tiene algo que ver con Eric Krause? —quiso saber Don Sergio.

—¡Shhhhh! —exclama Ovalle, con una mirada que destilaba paranoia— Me dejó cagando *p'adentro* anoche. No he dormido nada.

Don Sergio mira su reloj, dándose cuenta de que le da tiempo a tomar un café. Café que, quizá, para Ovalle sería el último de la mañana. Toma asiento y, con cierta pedantería, le hace un gesto a la camarera para que lo atienda, dejando de lado el coqueteo.

—Los Krause siempre han supuesto un problema —le dijo con firmeza a Ovalle—. No sé, en general los alemanes son raros. Tú sabes que soy palestino, mi abuelo realizó unos negocios con el tatarabuelo de Krause y, hasta el día de hoy, esa anécdota es contada en la familia.

—¿Y qué tiene que ver esto con su origen palestino? —preguntó— ¿su abuelo también era abogado?

—En la calle Pérez Rosales, mi abuelo tenía un negocio de textiles, tú sabes que ahora lo lleva mi hermana. Pensé que, si es que alguna vez me viste como una figura paterna, te habrías interesado por mí lo suficiente para saber sobre mi historia familiar. Aunque eras incorregible, supongo que siempre hacías lo que querías. Por otra parte, la historia de la industria textil y la inmigración palestina en Chile es algo significativo en la historia del país.

Emitió un bufido de desprecio y continuó.

—Me atrevería a decir que los palestinos han sido un mayor aporte que los alemanes para la sociedad chilena. Criar *chanchos* y colonizar tierras *mapuches* lo hace cualquiera.

Ovalle da un salto y saca otro cigarrillo, lo prende con inmediatez.

—Por favor, no me hable de *chanchos*, Don Sergio —dijo dando la primera calada—; que, si le cuento lo que pasó anoche, quizá me entendería.

—¿Y qué pasa? —preguntó, insistiendo Don Sergio— ¿Tienes miedo de ir preso o algo?

—No —dijo tajante Ovalle—. Tengo miedo de que se me tome por loco.

Don Sergio se inclina, tan atento como preocupado. Ovalle había sido uno de los muchos chicos vulnerables a los que había ayudado durante sus primeros años como abogado, por lo que le había cogido un cariño especial, pese a las tendencias delictivas que compartía con otros muchos jóvenes.

Es entonces cuando llega Laura, la mesera, dispuesta a tomar nota del pedido.

—Hola, buen día —dice con una sonrisa afable— ¿qué va a pedir?

—Hola, buenas —responde Don Sergio— un *espresso* doble, por favor.

Laura asiente y se dirige a Ovalle. Este, conociendo el vínculo que la chica tiene con Krause, prefiere no mirarla a la cara.

—¿Usted va a querer algo más señor...?

—De momento no... no —dijo Ovalle, casi tartamudeando—. Gracias de todas formas... le avisaré cualquier cosa.

Algo extrañada, Laura se retira para continuar con su trabajo.

—¿Me vas a contar o no? —preguntó Don Sergio.

En ese momento, Eric Krause salía del local. Ovalle y él evitan cruzar mirada; sin embargo, al toparse con Don Sergio, Krause no puede evitar lanzarle una mirada condescendiente, para, a continuación, marcharse tarareando *All The Pretty Little Horses*.

Los pasos de Krause sobre la vereda resuenan en la mente de Ovalle, que no dice una sola palabra hasta estar seguro de que el otro se ha alejado lo suficiente. Justo entonces, Laura llega con el café de Don Sergio. Lo deja sobre la mesa y, con una sonrisa amable, le dice que la llame si necesita algo más. Cuando Laura se retira, Ovalle se inclina y susurra:

—Le voy a contar de inicio a fin Don Sergio, pero tiene que prometer que me creerá.

—Te creo, hijo, te creo. ¿Qué te pasó anoche?

—Anoche maté a un hombre. O, al menos lo que quedaba de él. Lo maté y Eric Krause lo sabe, pero no ha hecho nada.

Don Sergio, sin exteriorizar demasiada sorpresa, se lleva las manos a la frente y murmura para sí un par de improperios, en señal de decepción.

—No se ponga así Don Sergio —ruega Ovalle—; tuve buenas razones para hacerlo. Le puedo asegurar que, la persona a la que maté, ni tan siquiera era ya una persona.

—¡No digas eso, hombre! —exclama Don Sergio— No hay excusas para lo que hiciste... y encima te vio uno de los muchos locos del pueblo, quizá el peor.

—No es que me haya visto —dice con la brasa del cigarrillo consumiéndose entre sus dedos—. Él me obligó a hacerlo.

—¡Déjate de huevadas! —ruge Don Sergio, visiblemente alterado— ¡Nadie puede obligarte a eso!

—¡Usted lo habría hecho si hubiera visto lo que le hizo Krause a mi compañero! ¡Ya no era humano!

El semblante de Don Sergio cambia por completo.

—Te escucho —dice, alzando la mirada.

—Me había puesto de acuerdo con mi compañero, un chico de apellido Vásquez, para robar en el terreno de los Krause. Habíamos oído que, desde no hacía mucho, la casa principal se encontraba deshabitada. Y, al igual que todos, sabíamos la cantidad de cosas de valor que podía haber ahí. No teníamos ni idea de que Eric estaba en Nueva Baviera, ya que, la última vez, oímos que se encontraba estudiando en el extranjero. Pero, al parecer, todo este tiempo estuvo en Valdivia terminando la carrera de periodismo.

»Esa noche, entramos al terreno de los Krause. Y, pese a la oscuridad, logramos ver que tenían unos troncos de madera tallados como las esculturas de estos indígenas de Tierra del Fuego. Había oído historias sobre esa familia y su pasado, vinculado a la caza de indios y a las supuestas brujerías del viejo Mikhael Krause, pero nunca me importó demasiado. Cuando vi esos troncos, pude identificar un patrón, era como si fueran un grupo de *tótems*. Eran toscos, pero, si uno los miraba con atención, podía ver que, en efecto, habían sido trabajados para que tuvieran una forma concreta. Estaban decorados con una serie de incisiones, símbolos, que se repetían siguiendo algún tipo de lenguaje.

Don Sergio mira su reloj y, aunque sabe que se le hace tarde, decide no darle importancia. Lo que está escuchando ha captado su interés. Se inclina y le pregunta:

—¿Viste los ídolos? ¿la forma que tenían? ¿cuántos eran?

Este interrogante, en apariencia inocente, es el detonante para que Ovalle comience a narrar la historia más extraña que en mucho tiempo se ha escuchado en ese rincón de Nueva Baviera...

## ***II. La narración de Ovalle.***

Me preguntas por los ídolos, ¿verdad? Pues te diré que eran cuatro. Parecían estar ordenados en base a ciertos puntos cardinales o, tal vez, estrellas. Uno tenía cuernos, era una cabra, de eso estoy seguro; pero tenía unos relieves que bien podían ser piernas, ubres u ojos. No miento si digo que el cuerpo del otro parecía reducirse a una gran boca o mandíbula, mantenida abierta por un grupo de hombrecillos. Otro tenía una forma bastante difusa, parecían varios orbes, unidos casi como si fueran un racimo de uvas. El último, que parecía de ébano, fue el que más me aterró. Era como un dragón o esfinge, pero no tenía rostro.

Yo me había quedado mirando fijamente al *tótem* sin rostro, me daba mucho mal rollo, pero a la vez lo sentí como un augurio de que encontraría todo tipo de extravagancias dentro de la casa principal. Seguimos caminando en la oscuridad, Vásquez me iba comentando un poco de la historia de Nueva Baviera y, aunque no le presté mucha atención, me di cuenta de que hacía mucho énfasis en como los Krause siempre fueron detestados por las diferentes familias que fundaron Nueva Baviera. Se negaban a bautizar a sus hijos, ni como católicos o luteranos, y además mantenían un trato demasiado amistoso con indígenas de dentro y fuera de la región, permitiéndoles vivir en sus terrenos. Entonces, comentó sobre los «ídolos» que estaban en la entrada, incidiendo en como familias enteras de indígenas pasaban la noche encendiendo fogatas alrededor de esas figuras. Por lo que dijo, antes había más de ellas. Yo no estaba asustado, nunca di mucha importancia a esas cosas.

El porche que daba a la entrada principal era bastante elegante, adornado con un banco con aspecto... victoriano, supongo. En parte sentí un poco de envidia, no lo niego. Siempre detesté el hecho de que estas familias vivieran mejor que muchos chilenos como yo.

Vásquez estaba abriendo la puerta con la ganzúa cuando vimos algo que habíamos ignorado por completo. A lo lejos, había una pequeña cabaña, seguramente la usaron los peones que alguna vez trabajaron en la hacienda. Pero las luces estaban encendidas y, aunque tenían las cortinas cerradas, podía distinguir una silueta. Permanecía completamente inmóvil, de pie en el interior.

—Deberíamos irnos, *hueón* —le dije a Vásquez—; creo que ya nos vieron

—Eso es imposible —replicó Vásquez, riendo—. No hemos hecho ni un solo ruido y está super oscuro.

—Pero nos oirán, sea quien sea que esté ahí.

Vásquez meneó la cabeza y sacó una cinta aislante de su chaqueta.

—¿Nunca has amarrado a una familia?

—No *hueón* —le dije—. Estás enfermo.

—No estoy enfermo, es solo que necesito la plata. Y estos hijos de puta se lo merecen por hacerles la segunda a estos nazis —dijo escupiendo al suelo—. Vamos a la casa y, entre los dos, nos encargamos de quien esté ahí.

Vásquez sacó un *fierro*, una pistola que traía consigo. Yo pensé que iba a ser un robo silencioso, sin violencia. Le soy honesto, en ese punto ya comencé a sentir miedo, miedo de pensar en hasta donde estábamos dispuestos a llegar por nuestra ambición. Sentí un poco de asco de mí mismo, miré hacia donde estaban los *tótems* y, aunque no tenía rostro, pude sentir el mismo desprecio en la mirada sin ojos de esa esfinge satánica.

Nos encaminamos a la cabaña, a paso ligero. Las luces seguían prendidas, podía seguir viendo esa figura negra a través de las cortinas blancas. A medida nos acercábamos, comenzamos a sentir movimiento dentro de la cabaña. Apagaron la luz y, en pocos segundos, oímos como se abría una puerta. Vásquez apresuró el paso y se puso de frente en la entrada de la cabaña, esperando ver a alguien ahí, caminando quizá. Sin embargo, y aunque la puerta estaba abierta, no parecía haber nadie.

—¡Por la *conchetumadre*! —exclamó Vásquez, mirando a todos lados— ¿Dónde mierda estarán?

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un cuchillo de cocina, de estos jamoneros. Me lo entregó y me dijo:

—Anda a ver por los alrededores, yo voy a ver si queda alguien en la casa. Capaz nos están queriendo ver cara de *hueones*, pero no podemos dejar que llamen a los *pacos*.

Tomé el cuchillo. Vásquez, con determinación, se dirigió a la entrada de la cabaña; pero, antes de entrar, señaló dónde debería ir a revisar.

Comencé a correr en dirección a lo que parecía ser un corral. O granero, la verdad es que no conozco la diferencia. No había animales, pero aún conservaban esa especie de cuneta donde se le servía comida a los cerdos. Pensé que quizá alguien estuviera escondido, así que me acerqué. Pude ver que alguien había tallado en la puerta de forma muy tosca una estrella de seis puntas, me sorprendió el hecho de que no era la de los judíos, sino una que nunca antes había visto. Tenía una forma curiosa, como si al dibujarla no se levantara la mano.

Abrí la puerta del granero, o lo que sea que haya sido ese edificio. La negrura era impenetrable y el ambiente se sentía denso y cargado. Encontré un interruptor en la entrada y, al presionarlo, se prendió la luz. Lo que vi casi me arranca un grito.

En el centro de la estancia habían dibujado, con pintura blanca o tiza, un extraño círculo. A su alrededor había más circunferencias, rodeadas por estrellas satánicas y triángulos con círculos dentro. Había letras en las paredes, esta vez sí reconocí el alfabeto, ya que era claramente hebreo. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue encontrar, rodeada de velas consumidas y en medio de un charco de sangre, una cabeza de cerdo. Estaba rodeada de moscas, pero sus ojos y demás partes blandas estaban intactos. Estaba rellena de tierra y, a su alrededor, habían esparcido cáscaras de huevo.

Aquello me hizo sentir unas ganas incontenibles de abandonar de inmediato de aquel lugar, pero, cuando estaba en el patio, un extraño gruñido captó mi atención. Provenía de la cabaña, de eso no había duda.

Con los nervios a flor de piel, fui corriendo en dirección a la cabaña, sujetando con mi mano el cuchillo. La puerta estaba abierta y de dentro salía un ligero humo. No se oía a nada, a parte de un ruido similar a la estática de los desaparecidos televisores análogos.

Entonces ocurrió algo que no logré comprender del todo. Alguien lanzó hacia mí la pistola de Vásquez, unida a una especie de paquete envuelto en papel. Había sido adherido con la misma cinta aislante que trajo consigo Vásquez.

La pistola estaba cargada, pero no sabía que había en aquel envoltorio. Lo desenvolví, queriendo creer que el mismo Vásquez me estaba gastando una broma. Al abrir el envoltorio vi que dentro solo había una cartulina con una frase que nunca lograré quitarme de la cabeza: «El peor marrano se come la mejor bellota. VEN». La letra era de imprenta, el texto había sido escrito a ordenador. Aquel «VEN» estaba en negrita; el resto, en cursivas.

Tomé el arma, esta vez con algo de rabia. Ya estaba casi convencido de que alguien le había hecho algo a Vásquez y, encima, ahora trataba de jugar conmigo. Era como si creyese que toda esa parafernalia de secta me iba a espantar. Me dirigí a la cabaña. Al acercarme, me percaté de que lo que escuchaba no era solo la estática, sino también algunos ruidos guturales. Con el fierro en mano, pasé al interior. Pude ver al fondo una puerta abierta, que daba a una habitación con un laptop encendido. Tras él, una persona se puso de pie, dando un suspiro y, al verme me saludó con la mano y apagó un

cigarrillo, sin señal aparente de miedo. Podría asegurar que hasta esbozó una sonrisa. Activó entonces la luz de su habitación.

Tenía una camisa blanca arremangada y una corbata anudada con un perfeccionismo inquietante. Sus ojos, oscuros y ojerosos, se ocultaban tras unas lentes de lectura. Y, para rematar, se había dejado un curioso bigote. La primera impresión que me dio fue que parecía un tonto ridículo, un puto raro. Al verme, me dirigió la mirada con el típico tono pedante que caracteriza a la clase media alta:

—Ah, yo te conozco. Recuerdo que te habían *funado* en Facebook y te habían rapado por andar robando en la villa de tu propia gente. Supongo que me alegra que hayas decidido subir de categoría.

Apunté con la pistola, confundido, pero manteniéndome firme.

—Baja eso, baja eso —dijo mientras acomodándose los lentes—. Me temo que nos hará falta para después.

—¿Qué hiciste con Vásquez? —le espeté— ¡Dime dónde está Vásquez! Su rostro se ensombreció

—¿Vásquez se llama? En la bañera... —dijo en voz baja.

—¿Cómo qué en la bañera? —pregunté— ¡De qué mierda hablas!?

Noté cierta expresión de melancolía en su semblante. Se sentó en la silla de su escritorio, dándome la cara, y se quedó ahí, lúgido.

—El baño está por allá —señaló a la puerta para, a continuación, prender un cigarrillo—. Te juro que no quería hacerlo, pero no podía soportar la idea de que un muerto de hambre se aprovechara de mi familia. Al menos, no como lo hacían antes. Creo que se me fue de las manos...

—¿Quién eres?...

—Eric Krause. Date prisa, antes de que se enfrié...

Él se quedó ahí, fumando. Sin entender muy bien lo que estaba pasando, me dirigí a donde él dijo, percatándome de que de ahí venía ese ruido estático y gutural. Al abrir la puerta, el olor que salió de allí se me hizo insopportable. Al dar la luz y ver lo que había en la tina, caí al suelo, presa de la desesperación. No podía creer lo que estaba viendo.

En la bañera, estaba aquel bicho enorme.

No tenía pies; era como un gusano, como una larva, pero tenía la piel dura de un puerco. Se retorcía, ocupando el espacio reducido de la bañera; y, de algún modo, parecía tratar de escribir algo con un lápiz que sujetaba con lo que yo creí que era su culo. Sin embargo, cuando se volteó vi que esa cosa

tenía ojos y nariz, la nariz de un cerdo. Pero, sus ojos... ¡aquellos eran los ojos de Vásquez! ¡Lloraban!

Me acerqué, aterrado y confundido. Vásquez había sido reducido a una abominación. Aferraba el lápiz con la boca, haciendo esfuerzos titánicos para que no se le cayera. Aquello me hizo enmudecer.

Tras de mí, entró el hijo de puta de Krause, y me dijo:

—Hay destinos peores que la muerte; es por eso la muerte puede ser una especie de alivio. A veces, la gente se convierte en un obstáculo, con lo que su muerte puede traer mucha paz, ¡los quita de en medio! Lo de este insensato es la prueba de que, si Dios existe, no está en su mano impedir el mal que un humano es capaz de traer sobre la Creación.

Soltando una risa nerviosa, se retiró. Yo no sabía qué hacer, en mi mente se mezclaban emociones: asco, pena, ira, impotencia, confusión y miedo. Entonces volvió, sujetando un libro que pesaba tanto como una Biblia de las grandes. Lo lanzó a mis pies, diciendo:

—No quise hacerlo, créeme, pero, viendo la situación, decidí poner a prueba si los *genii loci* de mi familia me seguían siendo fieles, incluso habiendo roto mis votos hace poco. Me sorprende la lealtad que guardan a mi linaje, el *genio* actuó de inmediato, aunque te juro que no era esto lo que quería. No pensé que su efecto fuese tan radical, tan irreversible.

—¿De qué mierda estás hablando? —le dije, mientras miraba aquel libro.

Recuerdo bien las inscripciones en la portada, escritas con letras góticas doradas: «DE VERMIS MYSTERICIIS». Vásquez seguía retorciéndose, y sus lágrimas iban acompañadas de aquel ruido que emitía. Tomé el libro y comencé a hojearlo, en busca de respuestas. Sin embargo, no fui capaz de entender nada, no solo por el idioma: mi estado de excitación me imposibilitaba concentrarme.

—Un árabe se encargó de ayudarnos con esto hace años, cuando los robos de animales eran comunes. Nos elaboró una capa que, con ayuda de un genio, permitía maldecir a los transgresores. Esa capa es la que envolvió a tu amigo. Pobre infeliz...

Me abalancé sobre él, poniéndolo contra la pared.

—¡Te voy a matar!

—Ya lo habrías hecho —dijo, sin miedo alguno—. Además, no es mi culpa. Llámalo defensa propia.

—Eres un puto enfermo... —dije finalmente, soltándolo.

Me acerqué a Vásquez, pude ver que, con todos sus esfuerzos, estaba escribiendo algo en un papel que el hijo de puta de Krause había colocado frente a él. Con una caligrafía torpe, había puesto la palabra «MATAME».

—No... —murmuré.

—Sé que esto es muy desafortunado, pero no podemos dejar así al pobre diablo —dijo Krause, con una mezcla entre incomodidad y condescendencia—...de hecho, tengo una idea. ¿Has oído eso de «no hay cuerpo no hay víctima»? Podemos hacer un trato que nos beneficie a ambas partes. Solo quiero acabar de una vez con todo esto y ahorrarme más dolores de cabeza, así que no haré ninguna denuncia, y espero que tú no la hagas tampoco. Aunque bueno, no es como si alguien te fuese a creer...

### ***III. Una capa mágica.***

Ovalle terminó su narración y estalló en lágrimas. Don Sergio Hassan, por otra parte, estaba perplejo.

—¿Cuál fue el trato? —preguntó— ¿Tan solo que no lo denunciaras?

—Ojalá fuera solo eso... ya le dije...ya le dije... que maté a Vásquez — Ovalle se secó las lágrimas con su manga—. O, al menos, eso creo...

—Pero, ¿y el cuerpo? Si lo que dices es verdad lo que sea que haya...

—¡Ya no está aquí! —exclamó Ovalle, llamando atención de los demás clientes de la cafetería— ¡Ya no pertenece acá! ¡Se ha marchado!

Don Sergio, le hace un gesto de que se tranquilice, tratando de no alarma a la clientela Ovalle se encoge de hombros y dice:

—Le disparé, le vacié el cargador, pero las balas no le hacían nada. Se seguía moviendo. Entonces el hijo de puta de Eric Krause me entregó la ganzúa con la que planeábamos abrir la casa principal, la ganzúa de Vásquez. Al clavarla en el cuerpo del bulto que se había vuelto mi amigo, comenzó a chorrear tierra, acompañada de sangre. Pero la sangre se elevaba, ¡volaba! Era un espectáculo de locos, pero, pese a que la sangre se elevaba, en la habitación, se movía con tal sutileza que no dejaba mancha alguna en ningún lado, como si alguien la guiara. La sangre se dirigió a la ventana del baño y la rompió en el instante, para elevarse hacia la luna. Del cuerpo de Vásquez solo quedó una capa de cuero y la tierra, que se diluyó cuando Krause abrió el grifo del agua.

»Eric sonreía con lástima. Tomó la capa y dijo: «ahora no hay cuerpo, tú no mataste a nadie; vete ahora mismo, no vuelves a pisar este lugar y, por lo

que más quieras, no me vuelvas a dirigir la palabra». Dicho esto, prácticamente me echó a golpes, como si yo no fuera más que un gato callejero que se coló en su casa.

Don Sergio Hassan alza la cabeza con un gesto de escepticismo.

—¿Sabes qué? No quiero saber más —dijo—. Esto es una estupidez, una fantasía. ¿De cuál te fumaste para inventar esta historia?

Ovalle iba a protestar, sintiéndose impotente ante la incredulidad de Sergio Hassan. Pero no tuvo la oportunidad.

—Debo irme —dijo Don Sergio, sacando un billete—. Paga la cuenta y, por favor, no me vuelvas a hacer perder el tiempo.

Don Sergio Hassan se puso de pie y, sin decir una palabra, comenzó a caminar en dirección opuesta a Ovalle, dándole la espalda. A cada paso, luchaba por contener los nervios que intentaba disimular. Cuando estuvo a una distancia considerable, aceleró el paso, que se convirtió en un trote ligero. Tras una breve caminata llegó al negocio de textiles que su familia había regentado por generaciones.

Allí, su hermana Belén aguardaba tras el mostrador.

—¡Sergio! ¿Cómo has estado? —preguntó con entusiasmo, visiblemente sorprendida por su inesperada llegada.

—Belén —dijo él, aún jadeante por el esfuerzo—. ¿Te acuerdas de la historia del abuelo? La del manto mágico.

Belén frunció el ceño, desconcertada, pero luego sonrió con ternura.

—Ah, claro... ya sabes. El abuelo solía decir que, antes de emigrar, había aprendido de los sufís a tejer mantas mágicas, como las de Las mil y una noches —rio brevemente—. Decía que incluso Mikhael Krause le había encargado una a medida para un supuesto genio.

Sergio se llevó las manos a la cabeza, sin saber si reír o desesperarse. Algo en su interior pugnaba por salir. Belén lo observó con inquietud.

—¿Estás bien? —preguntó, pero él no respondió.

Sin emitir palabra, se dio media vuelta y salió del local. Las sedas brillantes y el enmoquetado de la vitrina le provocaron una súbita náusea. Caminó con paso errático hacia la plaza, en dirección a su bufete de abogados. Frente a la Basílica de San Gabriel Arcángel, se detuvo ante los bustos de varios próceres chilenos y uno en particular: el de Carlos von Brennenburg, erigido en honor a la fundación de Nueva Baviera.

Allí, bajo el busto, lo atrajo el hexagrama unicursal tallado en la base, junto a la inscripción: «Gott mit uns» —Dios con nosotros.

Sergio se quedó contemplando el símbolo, inmerso en sus pensamientos. Le pareció irónica la vida. Irónica, también, la relación de los hombres con Dios. Una frase que Ovalle atribuía a Eric Krause resonó con fuerza en su mente:

*«Si Dios existe, no está en su mano impedir el mal que un humano es capaz de traer sobre la Creación».*

Y, por primera vez, esa idea le pareció completamente cierta. Y es que Dios —pensó— es impotente ante nuestras acciones... o, peor aún, ignora los horrores que se cometan en su reino.



# Quédate siempre a mi lado



POR LUCAS NARANJO

*¡Una extravagante historia de misterio en la que los límites entre lo humano y lo monstruoso se desdibujan!*

Parecía un hombre normal. Lo cual era decir bastante al comparársele conmigo.

Pude haber avistado la mancha negra que envolvía su cabaña desde las alturas, pero llevaba tiempo sin emprender el vuelo. Prefería recorrer los caminos de la gente ordinaria, que las zarpas de mis pies se habituaran al traqueteo de sus botas y sandalias. Ya ni siquiera me asustaba exponerme, aunque los senderos que atravesaban el bosque no se encontraban especialmente concurridos. Resultaba fácil recorrerlos sin cruzarse con una sola alma, y no porque desearan evitar a la bestia que creían ver reflejada en mi mirada roja.

Rehuían de aquel que vivía en el corazón de las tinieblas. Ese que, en apariencia, no era sino uno de tantos.

Dado que se me educó bajo la ley del prejuicio, tenía la corazonada de que lo juzgaban injustamente. Se contaban historias terroríficas, relatos de negrura y putrefacción, lo cual era decir bastante en una región donde apedrear a los terneros era patrimonio cultural. Por eso mismo no vacilé al cruzar los límites de lo habitualmente permitido, internándome en territorio desconocido.

Después de atravesar una frondosa congregación de sauces, irrumpí en un claro cubierto de margaritas y amapolas. Sobre su eje se alzaba una enorme

cabaña sumida en silencio, con un amplio porche sobre el que descansaba recostado un hombre. No era como los rumores populares lo describían, pues, a diferencia de aquellas injustas hipérboles, aún conservaba algo de juventud en el rostro. Se mecía adelante y atrás mientras atestiguaba mi llegada, sin enarcar una ceja pese a mi peculiar aspecto. Son muchos los que huyen espantados al atisbar mi pico bajo la máscara que me cubre las facciones, pero este individuo no parecía tenerme miedo. Eso o estaba acostumbrado a tratar con engendros, aunque no tuve aquella impresión entonces.

En quietud, el hombre tardó un buen rato en reaccionar. Al hacerlo, detuvo la mecedora e inclinó su torso hacia delante para cruzar los dedos y quedárseme mirando. Educadamente, caminé hasta el porche y me retiré el sombrero para elaborar una reverencia. Cuando tienes por costumbre que todo el mundo dé media vuelta al verte, aprendes a tratar a como reyes a aquellos que te reciben con los brazos abiertos.

—Hace un día espléndido —dijo el individuo, aunque con voz baja. No parecía interesado en alargar aquel encuentro más de lo preciso.

Avanzando un poco más, me coloqué justo sobre su sombra. Vistiendo completamente de negro, parecía mi hábitat natural. Sin embargo, lo cierto es que disfruto de la luz del sol a primera hora de la mañana. Y en ningún lugar sentaba tan bien como en aquel claro en mitad del bosque, donde no se oía un ruido.

—Siento interrumpirle, señor, pero creo que me he perdido —comenté, aunque no me gusta mentir. Sin embargo, no se me ocurrió nada mejor—. ¿Podría indicarme la ruta hacia las Laderas del Grajo?

Estaba claro que el hombre no disfrutaba de la compañía ajena. Podía leerlo en sus limpias facciones, que la costumbre del diálogo no había conseguido arrugar. A pesar de todo, debía fascinarle mi anatomía. No debían verse muchos hombres ave por aquellos lares. Ni en aquellos ni en ningún otro.

—¿Las Laderas del Grajo? —preguntó, dudoso, mientras fruncía el ceño—. Juraría que no es por aquí. Andas mal encaminado.

—No me diga —comenté, fingiendo una profunda decepción. Nunca se me ha dado bien engañar a la gente, aunque tenía el presentimiento de que no era el único mentiroso presente—. Temo entonces que seré incapaz de atravesar el bosque antes de que caiga la noche.

En efecto, todo pasaba por conseguir una invitación al interior de su hogar. A pesar de su amplitud, no debía resultar demasiado acogedor. Ni siquiera contaba con el anfitrión más efusivo, pero eso no me importaba. Por más que muchos lo desearan muerto y enterrado, no había acudido buscándolo a él.

Sin embargo, y a pesar del desprecio que se había ganado a fuerza de cerrazón, no era ningún idiota. Así lo demostró al señalar hacia mi espalda cautiva y decir:

—¿No puedes simplemente alzar el vuelo e irte de aquí?

De haber tenido labios como los hombres, aquel comentario le habría arrancado una sonrisa a mi rostro aviar.

—Veo que no te doy miedo —comenté, sereno.

—Solo temo una cosa en este mundo —pronunció el sujeto—, y dudo que tú puedas cambiarla.

Acto seguido, se incorporó definitivamente y caminó despacio hasta la puerta de su hogar. Hastiado, me flechó una mirada que parecía sugerir un cansino «anda, sígueme». No me quedó sino hacerle caso, consciente de que ni en mil años se me volvería a conceder esa oportunidad.

El propietario de la cabaña había estado preparando alguna clase de potaje, como sugería el aroma que envolvía su sala de estar. Tal como había supuesto, no la encontré especialmente acogedora. Y no solo porque pareciera abandonada, sino también por el hecho de los animales disecados que la decoraban. Entre ellos, una buena cantidad de córvidos expuestos en una macabra colección. Desde luego, tengo suerte de no ser tan frágil como mis parientes menores. Podría haber sufrido un destino atroz, quién sabe si incluso ahogado en la cazuela.

No parecía el hombre más hospitalario de la región, pero aun así se ofreció a cobijarme en su hogar durante un rato. Me sirvió un poco de aquel potaje, consistente en una sopa de verduras con algo de grasa animal. No quise preguntarle si aquellas trazas cárnica que flotaban en la superficie eran de pollo, sobre todo después de la demoledora mirada que me arrojó. Parecía desear que me fuera de allí cuanto antes, y no porque mi aspecto le causara alguna clase de inquietud.

—Debo darle las gracias, buen señor —declaré, retirándome la máscara para poder empezar a tomar cucharadas. Mi rostro emplumado solía erizar el vello de los humanos, pero él no se inmutó—. Oh, ni siquiera me he presentado. Mi nombre no resulta fácil de pronunciar, pero puede llamarme Doctor Cuervo. Los pueblerinos de las Laderas suelen encontrarlo divertido.

Acto seguido, le ofrecí una de mis manos enguantadas. Aunque, tan sobrio como de costumbre, se limitó a asentir a modo de respuesta. Acto seguido, tomó un plato para sí y se echó algo de caldo. Se sentó enfrente de mí y se lo tomó tan rápidamente que no tuve tiempo de preguntarle nada. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, ya se había retirado hacia el interior de sus aposentos.

Ni siquiera había conseguido apurar aún la mitad del plato, que, siendo justos, resultaba bastante generoso viniendo de alguien acostumbrado a tamaña humildad. Igualmente, no dudé en apartarlo para incorporarme y seguirlo a través de aquel pasillo de maderas mohosas. Resistían los envites de la humedad contra viento y marea, y parecía un milagro que no se hubieran derrumbado aún. Adentrarse en su mundo putrefacto era como echar un vistazo a la inevitable destrucción de la existencia.

—¡Señor! ¿Dónde está? —pregunté, buscándolo por todas partes. Me asomaba a las habitaciones esperando encontrar algo más que su presencia, pero decepcionándome con el silencio de inquietantes cuartos vacíos—. Pronto anochecerá, y estos bosques no son lugar para caminantes solitarios. ¿Sería tan amable de dejarme usar mi jergón portátil? Le prometo que, una vez salga el sol, habré desaparecido de su vista.

Para cuando terminé de hablar, ya había revisado cada una de las habitaciones. Solo quedaba la situada al final del pasillo, con un velo de tintineantes fetiches de madera y metal por puerta. No obtuve respuesta por parte del hombre, así que, temeroso, me aferré a mi cayado y empecé a caminar hacia el frente. Se me erizaron las plumas de la espalda dorsal, consciente de que la ausencia de sonido podía ser más preocupante que cualquier reverberación. Al fin y al cabo, los espíritus de los muertos que callan son los que más sufren en su penitencia.

A pesar de todo, me asomé. El mundo entero podía volverse contra mí, poniendo mi vida en riesgo por algo que no pasaba de la categoría de rumor. Pero, antes de poder poner siquiera pie en el interior de la habitación, una presencia me espantó. Me vi obligado a dar un respingo cuando apareció ante mí, emergiendo como un cocodrilo al acecho de su presa.

Para mi suerte, solo era aquel tipo cuyo nombre ni siquiera llegué a saber. Por aquel entonces, eso aún me resultaba un alivio.

—Fuera —pronunció secamente, apartándose de su camino para volver rápidamente a la cocina.

—Está bien —dijo, manteniendo las maneras. Siempre he priorizado la educación sobre cualquier investigación, y aquel caso no iba a ser menos—. Si le molesto, reemprenderé mi camino. No creo que la noche pueda hacerme tanto mal.

—No me refería a eso —indicó el áspero individuo, que se detuvo frente a una de las habitaciones vacías. Tras señalar con el mentón hacia delante, gruñó—: Puedes quedarte ahí siquieres. Pero no me des la tabarra, por favor. Si vine a este lugar es librarme de incordios como tú.

Desde luego, sus palabras no eran tan generosas como sus ofertas. Aunque, como suelo decir, son los actos lo que definen a una persona. Por eso mismo, volví a darle las gracias y desplegué mi jergón en el interior de aquella alcoba húmeda y silenciosa. No se parecía a ninguna posada de las Laderas, ni siquiera a la más ruinosa, pero estaría bien mientras no se me cayera el techo sobre la cabeza.

De todas formas, dormir nunca ha sido lo mío. Algo similar parecían sugerir las ojeras de mi anfitrión, así, con suerte, podría aprovechar las horas muertas de la oscuridad para intentar entablar conversación con él. Todo el mundo necesita un poco de calor, sea humano o no, y aquel ermitaño no podía ser excepción.

Encerrado entre aquellas cuatro paredes, perdí de vista al señor. Supuse que debía haberse ido a dormir después de un duro día de trabajos agrícolas, así que, dedicando algunas horas al estudio de lo oculto, decidí no molestarlo. Era un individuo peculiar, además de un poco cascarrabias, pero no creía que fuera un mal hombre.

Mi grimorio, con más de un siglo de antigüedad, ahondaba en algunos aspectos culturales de la región. Entre ellos, los secretos del bosque y su relación con los núcleos urbanos aledaños. Hablaba acerca de cómo alguna vez fue extraño ver un solo transeúnte, pues ni siquiera los más valientes se atrevían a penetrar en sus adentros. De hecho, según explicaban las páginas finales, solo el guardabosques tenía auténtica potestad de recorrerlo.

Y, además, el guardabosques no solía estar solo. Pues era tradición que su esposa lo acompañara, viviendo a su lado en algún remoto rincón de la arboleda. Nadie conocía su ubicación exacta, aunque solo quienes buscaban problemas trataban de averiguarlo.

En mitad de la noche, antorcha en mano, me incorporé sobre el jergón y salí a inspeccionar la cabaña. Sin las botas, mis pies aviares se posaban delicadamente sobre las baldosas de madera mientras recorría el pasillo. Mi

plumaje negro me ayudaba a fundirme con las sombras, aunque no podía decir que me acogieran en su seno. Todo lo contrario.

Tan pronto como entré a la cabaña, aquellas aves disecadas me infundieron una profunda inquietud. Sin embargo, algo me atraía de pronto hacia la banda que las exponía sobre aquella vieja chimenea. Después de todo, ningún agricultor corriente dedica sus ratos libres a la taxidermia. Mucho menos a la centrada exclusivamente en córvidos.

El caso es que ocurre algo extraño con estos animales. No por nada sirven a las brujas y hechiceras, corrompiendo voluntariamente su sangre a cambio de refulgentes ofrendas materiales. La magia fluye por sus venas, y a menudo eso resulta en engendros como un servidor. Lo tengo tan asumido que a veces ni siquiera reparo en ello, y es por eso que en ningún momento sospeché que algo podía andar mal bajo aquel techo.

Con el corazón en un puño, recorrió el pasillo en busca del señor. No deseaba arrancarlo de su letargo, pero, en caso de encontrarlo con los ojos abiertos, reclamaría explicaciones. Aun así, la que debía ser su habitación se encontraba completamente desierta, sumida en oscuridad. No podía decirse lo mismo de la última alcoba, esa misma cuya entrada me estaba prohibida.

Temeroso, avancé con paso ligero pero precavido. Procuraba no desatar ningún crujido, apoyando mi única mano libre en la pared para compensar el peso de mi cuerpo. De nuevo ante aquella puerta de ristras móviles, me detuve y suspiré. Me abrumaba lo que pudiera encontrar al otro lado, no por el hipotético peligro sino por un hecho que aún me reconcome: deseaba creer que aquel hombre no era ningún monstruo. Que, como en la mayoría de casos, el relato popular se equivocaba. Que los prejuicios eran un demonio esquivo, el velo tras el que se escondía un profundo y sincero alivio.

Aun así, crucé. Y, a pesar de mis miedos, no encontré nada. La alcoba descansaba en quietud, con un hedor ciclado y una atmósfera vertiginosa. Parecía dar cobijo a alguna clase de animal, pero mi infalible olfato aseveraba que me encontraba solo allí dentro. De todas formas, sin una puerta maciza de por medio, cualquier forma de vida podía entrar y salir a su antojo.

Como tampoco había ni rastro del señor, empecé a sospechar. No deseaba hacerlo, pues había acudido a la cabaña con la esperanza de extinguir aquellos terribles rumores, pero todo apuntaba a que había pecado de optimista. Fue así que, replegado las alas oprimidas contra la espalda, corrí de vuelta al salón en busca del señor. Crucé la puerta de entrada y me coloqué

en el porche, oteando el horizonte con mis ojos de rubí. Miles de amenazas acechaban los bosques a altas horas de la noche, pero ninguna bestia me aterraba. Si había algo de lo que convenía preocuparse, no debía rondar muy lejos.

Desde luego, el instinto aviar no me engañaba. El pasto que envolvía la cabaña crecía alto y tupido, escondiendo entre sus briznas los grandes misterios de una vida anónima. Concretamente, aquel misterio se alzó ante mí como una incontrolable pesadilla febril. No podía rivalizar con mi altura ni envergadura, aunque eso no fue óbice para que deseara echar a volar y desaparecer cuanto antes.

No era un ser humano. Tampoco yo, pero en mis ojos brilla la chispa del raciocinio. Los suyos, en cambio, eran dos agujeros de podredumbre que llegaban hasta el fondo de su cerebro atrofiado. A pesar de las penumbras, podía ver los laberintos gelatinosos de su interior. Deseé vomitar, pero, si quería sobrevivir al encuentro, debía quedarme completamente quieto.

Si alguna vez perteneció a la estirpe de los homínidos, aquellos tiempos habían quedado muy atrás. Así lo delataba su cuerpo retorcido y malformado, con articulaciones dadas la vuelta y piernas como las de un carnero cojo. La piel que recorría gran parte de su cuerpo se caía a jirones, como si se hubiera expuesto al tratamiento habitual del cuero industrial. Respecto al cabello, no quedaba gran cosa. Y, visto lo visto, el poco que había sobrevivido no le favorecía demasiado.

Aun así, nada resultaba tan inquietante como su boca. Fuera cual fuese la catástrofe que había convertido su cuerpo en aquel amasijo de dolencias, se había ensañado con la mandíbula. Con las comisuras de sus labios desgarradas, colgaba violentamente mientras intentaba aullar. Sin embargo, como si su garganta no pudiera responder a los designios de la mente, no emitía ruido alguno. Solo el chapoteo de su larguísima lengua sobre el vacío de las encías, tan abultadas y supurantes que debían haberse desprendido de hasta el último diente.

A pesar del pavor que me infundía aquel engendro antinatural, no tardé en entender algo: no podía hacerme nada. Pues, aunque percibiera trazos de brujería en su interior, se encontraba demasiado débil como para atacarme. Apenas era un cadáver ambulante, una criatura que, por algún extraño motivo, no podía morir. Bastaría con un soprido para derrumbarla, aunque estaba claro por qué había sido el germe de tantas historias de terror. Desde luego, todos habían vivido para contarla.

Aunque enseguida entendí que quizá me equivocara. Estaba claro que no podría herir ni a una mosca, pero no lo necesitaba. En cambio, había alguien dispuesto a segar vidas por proteger la de aquella abominación.

Cuando me di la vuelta, tenía los cuatro afilados picos de una horca rozando las plumas de mis sienes. No necesité detenerme sobre su rostro para entender de quién se trataba. Al fin y al cabo, no había nadie más en hectáreas a la redonda. La soledad es la maldición de todos los monstruos, pero también su mayor regalo: pueden hacer lo que quieran, pues nadie los escuchará.

—Te dije que no me dieras la tabarra —me recordó el señor, su voz grave y ofensiva. Estaba dispuesto a derramar sangre—. No debiste haber salido, Cuervo.

Entonces, solté el candelabro y levanté las manos en señal de sumisión. Antes de eso, me repasé el pico desde los orificios nasales hasta el extremo y suspiré.

—Esto no me gusta, guardabosques —pronuncié, dispuesto a negociar verbalmente. No me quedaban muchas más opciones—. Sea lo que sea, es hora de que termine.

Pero, convencido de que hacía lo correcto, el hombre colocó los filos de su herramienta de trabajo un poco más cerca de mi piel. Algo más de presión y se verterían los primeros regueros. No serían los últimos.

—Por esto me repugnan las visitas. Siempre tienen que meter las narices donde no les llaman —gruñó, reparando en la deforme criatura que pataleaba tras ambos. Parecía sumida en una agonía constante, su boca abierta con un mudo alarido que no acababa nunca—. Pude haberte matado en cuanto cruzaste la puerta de mi casa, pero pensé que no me lo pondrías fácil. No eres como los demás.

—Eso ya lo veo. —Eché la mirada hacia atrás, aunque me causó un escalofrío—. Estás más que acostumbrado a la monstruosidad.

—Vuelve a llamarla así y mi siguiente inquilino probará un puchero con tu carne.

Un determinante bastó para que lo entendiera todo. Las deformidades de su cuerpo doliente me habían impedido verlo, y tampoco había ojos donde pudiera discernir hechos lógicos. Sin embargo, aquella tragedia empezaba a cobrar sentido.

—No me digas que...

Pero, antes de poder seguir hablando, me embistió. Dándole la vuelta a la horca, me atacó con el extremo romo hasta tumbarme al suelo. Abalanzándose sobre mí, empezó a golpearme el pecho mientras me arrancaba plumas de los antebrazos. Sin embargo, con la ventaja del tamaño, me zafé de su agarrón con una veloz patada y me incorporé. Luego, recurriendo a los códigos extremos del instinto, tomé una decisión arriesgada.

Así pues, me aferré a los hombros de aquella pobre mujer antes de que pudiera escapar. Sosteniéndola, empecé a ejercer presión sobre su cuerpo mientras su agonía se manifestaba en las erupciones volcánicas de su rostro sangrante. Solo entonces distinguí desesperación en los ojos del sujeto, un terror que solo quienes han conocido el peligro de perder a alguien querido entienden.

—¿Quién eres realmente, Cuervo? —me preguntó, los brazos caídos en un gesto que delataba derrota.

—Solo soy un detective, alguien que intenta entenderlo todo —respondí, mis manos negruzcas sobre el cuello de aquella criatura. Fuera quien fuese, no merecía tamaña agonía—. Se han reportado casos terroríficos en relación a este lugar, pero siempre pensé que solo eran patrañas. Esto no puede continuar así.

—¿Acaso alguien ha salido herido? —gruñó el hombre—. No tienes pruebas.

—Tengo la única que necesito justo delante.

Aquello no le sentó nada bien al propietario de la cabaña, quien, apretando sus maltrechas mandíbulas, parecía a punto de llorar. Ni siquiera sabía cómo reaccionar, pues lo que debía estar sintiendo iba más allá del simple estímulo. No deseaba estar allí conmigo, tampoco con la bestia en que había derivado su ser más preciado.

Soy partidario de la sensatez, aunque a menudo implique tomar el camino difícil. Por eso pienso que, aunque parezca imposible, siempre hay otra manera de hacer las cosas. Una que haga bien a todo el mundo, que no entienda de carroñeros y víctimas.

Como demostró un solo instante más tarde, aquel hombre no compartía mi parecer.

Pese a mi decisión, no dudó en cargar contra mí. Cegado por la ira y el miedo, empuñó una vez más la horca con la intención de zafarse de su rival.

Y yo, reteniendo por los brazos a la deformidad ambulante, no pude prever lo que ocurriría a continuación.

Su envite apenas duró un parpadeo, tiempo insuficiente para que pudiera tomar medidas. Pensé que me atravesaría por completo, que me arrancaría las vísceras. Sin embargo, la sangre que terminó tiñendo el suelo de rojo no era mía. Me sentía de una pieza, y eso fue lo peor de todo.

Cuando levanté la mirada, vi sus ojos más cerca que nunca. Posados a la altura del costado de su antiguo amor, se habían vuelto vidriosos. Opacos como una ventana repleta de humedades, alejada de cualquier fuente de luz solar. Destinada a agrietarse y estallar, a caer en el olvido.

Al arrancar la horca de la carne, la mujer convertida en monstruo se derrumbó sobre el pasto. El señor lo hizo con ella, sosteniéndose mientras sus manos le arrancaban jirones de piel colgante. Empezó a lamentarse mientras recostaba la cabeza sobre su pecho hundido, reclamando una segunda oportunidad que ningún dios le concedería. Ni siquiera las mancias oscuras, que demasiadas líneas habían cruzado ya en su nombre.

—Te prometí que me quedaría siempre a tu lado. Que nunca te soltaría la mano —dijo mientras hacía lo propio, aferrándose a unos dedos que parecían a punto de desprenderse. A pesar de todo, no lloraba. Se había quedado vacío por dentro—. No puedo vivir sin ti, mi luz. No hay nada más allá.

Quizá él viera en aquel amasijo de nervios desgarrados a su antigua mujer. Sin embargo, en realidad no había más que un cadáver difficilmente sostenido por fuerzas ignotas. No podía saber desde cuándo había sido así, pero tenía la coronada de aquella persona murió hacía mucho tiempo.

Tristemente, sus lamentos no servían de nada: el amor de su vida no perdió la vida en aquel momento. Ahora, solo quedaba restregarse sobre las cenizas de los años perdidos.

De algún modo, acabé entendiendo que no encontraría en los bosques mayor terror que el vivido aquella noche. Por eso mismo me interné en sus profundidades, dejando atrás a un hombre y su soledad. Podría haber tomado alguna medida, pero nada habría cambiado lo inevitable. Había quedado claro durante su despedida: sin ella, no quedaba nada por lo que vivir.

Entonces asumí que, tristemente, los relatos eran ciertos. Pero no era eso lo que más me apenaba, sino más bien el propósito de aquel rumor popular. Se hablaba de un monstruo que rondaba la arboleda, una insaciable criatura devoradora. Nadie conoce mejor que yo cómo esos términos pueden

trasformar a alguien: las palabras tienen el poder de alterar la realidad, de deformar lo inocente en grotesco.

Desgraciadamente, la única bestia que alguna vez rondó aquel lugar nunca sufrió esas consecuencias. Aunque, tras lo sucedido durante aquella noche, no volvería a atormentar a nadie. Su única víctima descansaría en paz, que es más de lo que la mayoría puede decir.

Antes del alba, me detuve entre un par de altísimos sauces y miré hacia arriba. Mi mirada de cuervo apenas podía distinguir el cielo estrellado en el ramaje, pero, de alguna manera, lo añoraba. Me encontraba completamente solo, a merced de pensamientos intrusivos y espías emocionales, aunque eso no me impidió alzar el vuelo. Coronando las corrientes de barlovento, cerré los ojos y me dejé llevar hacia el interminable negro y azul del firmamento.

Si por casualidad me convertía en el próximo terror de aquellos bosques, ya vería cómo solventarlo.



# AREOPAGUS: en las estancias de Madamme VENUS

POR YUKE KABULA

*¿Fue aquello satisfacer mi apetito sexual? ¿O es que la culminación del amor no pasa de ser una cosa así?*

Ōgai Mori, *Vita sexualis*.

I

«Nunca pises la Pedanía del Agave» me decía siempre mi amiga Martina Morgan. Martina, a la que muchos temían como bruja, tenía miedo de un pequeño pueblito gaditano. Martina, la que se reunía con sus camaradas cada Samhain para honrar a dioses olvidados, mientras se embriagan con la ingesta de sustancias que yo jamás osaría ni probar. Me resultaba hasta cómica la perspectiva. Cuando le hice ver que mi decisión de ir ahí era firme, ella suspiró y se limitó a advertirme de que, si salía por la noche, evitara a toda costa la zona del puerto y, muy especialmente, a las personas de dudosa vida que por ahí deambulaban. «Henry, por favor, guárdate de los Heraldos de la Penitencia».

Heraldos de la Penitencia. Sonaba como el nombre de un grupo religioso o algo por el estilo. Sin embargo, cuando quise preguntarle por ellos, mi amiga se negó a responder, temiendo que «hablar más de la cuenta le trajera repercusiones nefastas» indicando que «ellos tienen oídos por todas partes».

Era absurdo, ¿cómo iban a escucharnos aquí, en el corazón del barrio londinense del Soho? Sin embargo, ella estaba convencida de ello.

—Son los hijos de una entidad muy antigua... una deidad temible —me explicaba—. No osaría pronunciar aquí su nombre.

—Espera, ¿no estarás volviendo a hablar de la razón por la que nunca entras al British Museum? ¿Lo de la Venus de Townley?

—¡Silencio! —exclamó Martina, mirando hacia todos los lados.

Martina tenía una extraña fobia a todo lo que tenía relación con la diosa Venus, hecho que me chocaba teniendo en cuenta que había visto a mi amiga honrar a entidades bastante más temibles. Según ella, en los tiempos en los que se dedicaba a venerar a la Magna Mater, el consumo de una extraña droga china y la exposición a unos espejos supuestamente mágicos le permitieron descubrir un oscuro secreto sobre la deidad grecolatina. Desde entonces, tan solo escuchar el nombre de Venus-Afrodita le provocaba ansiedad y pesadillas.

Si iba a España, ella no quería que visitara Andalucía, ya que, según ella, allí la influencia de la diosa era más fuerte, ya que eran unas tierras consagradas a ella. De hecho, muchas teorías apuntaban a que el nombre de aquella comunidad significaba, precisamente «Dominios de Venus» o algo parecido. En particular, Martina temía a la Pedanía del Agave, ya que allí había sido donde recibió la espantosa «iluminación» que la habría traumatizado de por vida. Pero, por ironías del destino, era precisamente a donde debía de ir yo.

Era por trabajo. La empresa donde yo trabajaba, cuyo nombre no voy a dar por cuestiones de protección de datos, había sido adquirida por un jeque que gustaba de veranejar en Cádiz. Como prefería evitar la capital, había adquirido un chalet en la Pedanía y, dado que él era el nuevo jefe y posiblemente quería presumir de ello, había «invitado» a sus empleados más veteranos a una «pequeña» celebración en su chalet. Pongo entre comillas lo de «invitado» porque realmente no es como si nos pudiéramos negar a ir, ya que el jeque se podría tomar nuestra ausencia como un desplante o falta de respeto, lo cual haría peligrar nuestra posición en la empresa. Así que ¡qué remedio! No me iba a quedar otra que abandonar la tranquilidad de Londres para ir a un pueblecito perdido en el sur de España.

Yo tampoco guardo buen recuerdo de España. La última vez que fui por allí, uno de los chicos que viajaban conmigo se mató practicando *balconing*. Debo decir no tuve ninguna responsabilidad en ello, pero no puedo negar que

aquello enturbió mi experiencia. Encima luego comenzaron a correr rumores que apuntaban a que en realidad había sido un suicidio, ocasionado por un ataque de esquizofrenia sufrido por causa del consumo abusivo de drogas. Como puede entender cualquiera que lea esto, una situación como aquella podía marcar a cualquiera. No conocía demasiado al difunto, pero la impresión que tenía de él era que se trataba de una persona tranquila y amable, no parecía la clase de persona que pudiera poner fin a su vida de aquella forma.

Creo que me estoy yendo por las ramas. Lo cierto es que Martina, como amiga mía de la infancia estaba visiblemente preocupada con todo aquello, pero yo no hice sino tacharlo todo de superchería. Aprecio mucho a esa chica, pero lo cierto es que la imagen mental que tengo de ella no es demasiado buena, no es una persona del todo estable y sus intereses son extraños. ¿Quién me iba a decir que, al menos en aquella ocasión, tendría que haberle hecho más caso? Fuera como fuese, me despedí de ella, desconociendo la loca aventura en la que estaba a punto de embarcarme.

No tardé en tomar un vuelo con dirección a Jerez y allí cogí un bus hasta Cádiz. Una vez en Cádiz, dado que la Pedanía del Agave estaba pobemente comunicada, tuve que pedir un taxi para llegar hasta ella, aunque aquello me saliera un poco caro. No es como si tuviera acaso otra opción.

La Pedanía del Agave se encontraba en zona de costa y tenía un aire extraño, el aire de una población al borde del abandono. Seguramente, en la actualidad era poco más que el lugar de residencia de verano de tres o cuatro pijos, como sería el caso de mi nuevo jefe. Cuando iba en el taxi, el conductor no pudo evitar preguntarme qué era lo que se me había perdido en aquellos parajes de mala muerte. Yo quise saber si realmente tan mal sitio era aquel, ante lo cual me respondió que así era, que los narcotraficantes y «otras personas de las que era mejor no hablar» prácticamente lo habían convertido en un infierno en la tierra. Me sorprendió que me advirtió de lo mismo que Martina: bajo ningún concepto debía de acercarme por la noche a la zona del puerto. De hecho, me recomendaba que evitara estar por la calle en el momento en que cayera la noche. Por mi propia seguridad.

Más me sorprendió que, al llegar a la zona, decidió hacerme una abundante rebaja del importe que habría de pagarle. Me dijo que era una muestra de buena voluntad por su parte, ya que se sentiría culpable de hacer dinero a costa de llevarme directo al matadero. Si yo salía de aquella y algún día acudía a Cádiz, ya le agradecería aquel descuento invitándolo a unas copas

y contándole mis aventuras. Una propuesta cuanto menos extraña. Aunque me mostré reacio a aceptar aquel regalo, finalmente no tuve más remedio que ceder ante su tremenda insistencia. También tuve que acceder a que me dejara directamente a las puertas de mi hotel y que esperase afuera hasta que me viese atravesar el umbral. Luego, emprendió el viaje de retorno, dejándome allí.

El hotel era un tres estrellas llamado «Casa Ruiz», bastante bueno para encontrarse en un pueblito perdido como aquel y, afortunadamente, la estancia y la manutención me las cubría la empresa. Además, las personas del servicio me parecieron extremadamente agradables. Y digo «extremadamente» porque tal vez lo eran demasiado. Quizás no acostumbraban a recibir demasiados huéspedes, con lo que se esforzaban por ofrecer un servicio que rayaba la perfección, tratando de fidelizar a sus clientes. Conseguir que, tras abandonar el hotel, se planteasen regresar en un futuro no muy lejano. Creo que en verdad era hasta cierto punto inquietante, ya que parecía que cada vez que doblabas una esquina te encontrabas con una persona del servicio dispuesta a asegurarse de que no te quedase ninguna necesidad por cubrir.

En cuanto al servicio, estaba integrado por personas con rasgos típicos del Oriente Medio. Todos ellos, independientemente del sexo, eran tremadamente agraciados, hasta el punto de que me recordaban a actores de la telenovela turca que últimamente ha estado de moda. Turcos. Si tuviera que jugármela y apostar cual era su nacionalidad, diría que eran turcos. Más, ¿Qué hacían tantas personas de aquella nacionalidad en este lugar tan improbable? ¿Sería acaso el Hotel Ruiz un negocio familiar y estarían todos ellos emparentados? Salí de dudas al encontrarme en la zona de la cafetería con Mr. Scott, el de recursos humanos, que me explicó que, al menos por lo que él tenía entendido, aquel hotel había sido adquirido por el grupo *Spartha*, que pertenecía precisamente al jeque que había comprado nuestra compañía. Y había sido él quien había supervisado la elección del personal.

No tardó en confirmarme que, en efecto, muchos de ellos eran turcos, y es que era en Turquía donde residía nuestro nuevo jefe, que resultó llamarse Kaan Arslan. Mr. Scott me dijo que el pasado de Mr. Arslan estaba rodeado en misterio, aunque era indudable que era tremadamente poderoso. Sin embargo, generaba muchos recelos, ya que era casi como si hubiera surgido de la nada. Se rumoreaba que había hecho fortuna recurriendo a métodos ilegítimos e incluso había quien lo hacía responsable de la muerte del

magnate del petróleo Hakim bin Asad Al-Qual'lat. Los partidarios de esta teoría de la conspiración aseguraban que disponía de una red de asesinos, responsable de allanarle el camino mediante la eliminación sistemática de rivales y detractores. Sin embargo, había que tener en cuenta dos cosas: la primera, que tan solo eran rumores; y, la segunda, que ahora era nuestro jefe y que sería mejor, por el bien de todos, silenciar tales habladurías.

Aun con ello y pese a que traté de no hacerme caso de aquel tema, lo cierto es que inconscientemente no pude evitar buscar en el hotel indicios de que Mr. Arslan era la persona turbia y peligrosa de la que hablaban los rumores. Sugestionado como estaba, la más mínima pieza de decoración comenzó a tener para mí implicaciones siniestras. Puede que fuese coincidencia, pero las cabras que aparecían en los cuadros que decoraban las diversas estancias del hotel, con sus poses y manierismos, me recordaban a entidades demoniacas.

—Creo que estás pensando en el Baphomet —me sugirió Mr. Scott—, la entidad a la que supuestamente adoraron los templarios, siendo por este supuesto culto por lo que muchos fueron sentenciados por herejía y despojados de su dignidad.

—¿Crees que el parecido es intencional? —le pregunté.

—Es posible. Al fin y al cabo, estos cuadros nos han evocado a ambos la misma imagen. Espero que Mr. Arslan no sea un satanista peligroso.

Noté un tono de broma en su voz, aunque también una cierta inquietud. Aun no siendo yo creyente, aquello me ponía los pelos de punta. Quise culpar a Martina por haberme metido miedo y por haber compartido conmigo muchas de sus supersticiones. Yo no creía en ellas, al menos conscientemente. Aunque es posible que algunas ya hubieran arraigado en el fondo de mi psique, sin dejarme tan siquiera que me percatase de ello. ¡Que malintencionado es a veces nuestro propio cerebro! ¡Que bromas más macabras gusta de gastarnos!

Trate de evadirme un poco, acompañando a Mr. Scott a tomar algo en el bar del hotel. La decoración allí era igualmente de mal gusto, consistiendo en lo que, al menos de mi perspectiva, no dejaban de ser referencias luciferinas. Era incapaz de comprender como podía existir semejante contraste entre la sutil maldad que rezumaba el lugar y la bondad desbordante que, al menos en apariencia, transmitían los miembros del servicio. Cuando nos acercamos a la barra, una turca de sonrisa radiante y hermoso físico nos invitó a que no nos contuviésemos, explicando que teníamos barra libre,

cortesía de nuestro generoso anfitrión. Mr. Arslan se había comprometido a cubrir los costes de todo aquello que consumiéramos.

—Mira, está visto que el puto moro quiere dejar una buena impresión — me dijo Mr. Scott.

—Eso parece —asentí, tratando de ignorar el innecesario y nauseabundo racismo que rezumaba su comentario.

Tras sentarnos en las banquetas, el alcohol no tardo en correr, cual río desbocado. Nuestros paladares pronto se deleitaron con los sabores y las texturas de aquellos licores árabes que tanto triunfan en la Europa del Este, pero también con los vinos traídos de las mejores bodegas de Jerez. Y, mientras, Mr. Scott y yo conversábamos y divagábamos, siendo poco conscientes de como nuestra mente estaba cada vez más nublada. Todo estaba a nuestra disposición, todo era gratis. Todo estaba permitido.

La camarera me miraba fijamente. «Todo está a vuestra disposición». Sus voluptuosos labios me llamaban. «Todo está permitido. Todo. Todo está a vuestra disposición. Estoy a tu disposición». Su ropa ya no estaba. Tras ella podía ver un lecho sobre el que se encontraba tendida otra sensual turca, únicamente vestida con un insinuante taparrabos. «Todo es para tu placer». Los senos expuestos de las chicas atrapaban mi mirada y casi podía sentir cómo la baba se escapaba por las comisuras de los labios. Sin duda debía tener cara de estúpido. «Entrégate al placer». Mr Scott estaba en un rincón, tendido sobre un butacón, con el rostro congelado en un rictus de placer y sus piernas temblando al recibir de manos de una joven de tez oscura el trabajo más delicado e intenso que jamás le habían ofrecido.

Antes de darme cuenta, me encontraba sobre el lecho, fundiéndome en un abrazo con aquellas dos bellezas desnudas. Tampoco sé en qué momento una de ellas dio paso a un joven efebo que me besaba intensamente, mientras la chica me restregaba sus pechos por mis partes más sensibles. Y mucho menos sé cuándo fui arrastrado hacia el puerto por un grupo de individuos, cuyo torso desnudo estaba plagado de cicatrices y que ocultaban su rostro tras unas máscaras que me recordaban vagamente a las que en algunas ciudades utilizan durante sus carnavales. Me conducían en una especie de litera, mientras una chica con antifaz me mantenía enajenado, con su lengua invadiendo mi garganta y arrebatándome el aliento, al mismo tiempo que el roce de sus manos, ágiles y delicadas, me profanaba y me llevaba al borde del éxtasis.

Vi un espejo. Fue como si pasáramos a través de él. Y, al instante, ya no estaba en la litera, sino en una sala de reuniones. Sobre una especie de tarima se encontraba sentado Mr. Arslan y, ante él, dispuestos en filas de asientos, nos encontrábamos mis compañeros y yo. Éramos, sin lugar a dudas, un grupo variopinto, lo único que teníamos ahora en común era el estado de embriaguez en que nos encontrábamos. Creí apreciar burla en el rostro del jeque, cuyo aspecto y vestimenta no me recordaba en nada a la imagen mental que tenía de los magnates del petróleo. No era ese tipo con un velo sobre su cabeza y barriga prominente, fruto del exceso y la buena vida, sino un hombre musculoso, relativamente joven, con el rostro atlético propio de un emperador de la antigüedad. Vestía un traje negro y fumaba tranquilamente un puro.

—Os doy la bienvenida, piltrafa —dijo mientras le daba una calada.

—¿Eres Mr. Arslan? —preguntó alguien en la sala, con voz temblorosa.

—Me llaman de muchas formas. La mayoría de la gente me conoce como Kaan Arslan, aunque hay quien se refiere a mí de otras formas, como «puto moro». Aunque, por favor, no me llaméis así, no me gustaría tener que cortaros la lengua. Ya me he visto obligado a hacerlo con... cierta persona de dudoso gusto y poca elegancia —el hombre dirigió la mirada hacia donde se sentaba Mr. Scott, a escasos metros de mí—. Preferiría que me llaméis Don Gradius, dios, portador de la guerra, actual esposo de la mujer más poderosa a este lado del río Skai y líder del *sindicato Spartha*.

En ese momento me percaté de la situación de Mr. Scott. Estaba atado al asiento, semidesnudo y con el cuerpo cubierto de hematomas. De su boca brotaba un hilo de sangre.

—¿*Sindicato Spartha*? —inquirió otro— ¿*Spartha* no era un grupo hotelero?

—Hoteles, celebraciones, fiestas privadas, drogas, compraventa de armas... simplemente *Spartha* —respondió Don Gradius, hablando como si se tratase de un spot publicitario—. Hemos llegado incluso a colaborar con *Medusa Creations* una de las principales compañías de patronazgo de arte que tienen su sede aquí, en el País de Pnaklendorf.

—¿País de Pnaklendorf? ¿No estamos en...? —volvió a intervenir el mismo.

Sin embargo, no pudo terminar de hablar, pues un individuo, situado a sus espaldas, le reventó la cabeza con un golpe seco de almádena. Sus sesos

volaron... juraría que llegaron a salpicarme. Aun así, no me inmuté, pues estaba demasiado aturdido para reaccionar.

—Hablas demasiado —replicó Don Gradivus, con aire molesto—. Pero estoy de buen humor, así que me he ahorrado el torturarte. ¿Soy magnánimo o no?

Los lacayos de Don Gradivus, aquellos individuos semidesnudos con máscaras de carnaval, respondieron con una ovación. De pronto, nuestro anfitrión levantó el brazo y todos guardaron silencio.

—¿Habéis visto a mis chicos, qué bien entrenados están? —rio el individuo— Pues sabed que, muchos de vosotros, tendréis el honor de reemplazarlos. Algunos ya están viejos, se rompen con facilidad. Tan solo tenéis que verlo.

El imponente hombre se levantó del asiento y se acercó a uno de sus lacayos. Colocó sus brazos alrededor del cuello de su sirviente y, con un solo movimiento, se lo partió. El otro cayó pesadamente sobre el suelo, cual juguete estropeado.

—¿Veis? No aguantan nada ya. Es por eso que compré vuestra empresa, necesitaba más *mano de obra*. Lamento si la información que os llegó fue... poco específica, pero temía que, de dar todos los detalles, no os dignaseis a venir a mi encuentro. Hubiera sido una molestia tener que mandar a mis hombres a buscaros.

Don Gradivus volvió a sentarse y se quedó un rato pensativo.

—Oh, sabía que se me olvidaba algo —dijo finalmente—. Algunos de vosotros seréis un regalo de mi parte para mi esposa, Madamme Venus. Desde que se divorció de su esposo para casarse conmigo, se ha vuelto... bastante más caprichosa. Y un caballero debe satisfacer los caprichos de su dama, ¿no creéis?

Nadie respondió.

—Me tomaré eso como un sí. Los que estéis sentados en las filas de la izquierda seréis el regalo. Los de la derecha me los quedaré para mí. O, al menos, los que demuestren que tienen lo que hay que tener, sobreviviendo a la prueba inicial.

Yo estaba a la izquierda y, al menos por el momento, eso me salvó, pues los hombres de Don Gradivus se abalanzaron sobre los que estaban al otro lado. Tras desvestirlos, comenzaron a azotarlos, golpearlos y torturarlos de las formas más viles y retorcidas que jamás había visto. Muchos murieron en el acto, entre ellos Mr. Scott, cuyas vísceras se derramaron por el suelo.

Creo que fue la brutalidad de la escena lo que me permitió volver en mí, al menos parcialmente. Sin embargo, no me atreví a moverme, paralizado como estaba por el shock.

Cuando concluyó aquel macabro espectáculo y se llevaron a los pocos que seguían vivos, un grupo de jóvenes semidesnudos de ambos sexos nos tomó a los que estábamos a la izquierda y nos condujeron fuera de la estancia. Pude percibirme de que el resto de mis compañeros seguían en trance, con rostro de aturdimiento y mirada perdida. No había sido solo el alcohol, tenía la impresión de que nos habían drogado a todos. De hecho, incluso habiendo recobrado la claridad de pensamiento, sentía que mi coordinación aún no era del todo buena.

Estaba aterrado, deseaba huir, pero, ¿cómo? Al menos por el momento no me quedaba más opción que dejarme llevar y rezar a quien quiera que esté ahí arriba, esperando que me dieran en algún momento una oportunidad para escapar. Tuve que fingir que seguía disociando, ya que, de haberse dado cuenta de que era ya consciente de todo, me hubieran prestado una atención cuanto menos inconveniente.

Salimos al exterior y me vi en el patio de una villa mediterránea, sembrada de estatuas del dios Ares, Marte para los romanos. Fue ahí cuando me percaté del tremendo parecido entre Don Gradius y muchas de las representaciones de la deidad. En concreto, parecía un calco del Ares Ludovisi del Museo Nacional Romano, aunque «actualizado» con los rasgos y manierismos de un capo de la droga actual. En ese momento, tuve una revelación: debía de estar soñando. Y, cuando deseaba despertarme, no solía sino tirarme, en el sueño, desde un lugar alto. Por fortuna para mí, la villa parecía encontrarse en lo alto de un promontorio.

Esperé a estar cerca del borde y, con un violento aspaviento, me liberé del joven que me llevaba del brazo y salté al vacío. Sin embargo, pronto me di cuenta de mi error. «Estás en un sueño, pero *no estás soñando*» decía una voz.

Al precipitarme colina abajo, pude sentir como las zarzas desgarraban mi piel y las rocas me molían con crudeza. De algún modo, estaba en un sueño, pero había entrado en él *en carne y hueso*. Finalmente, mi conciencia se desvaneció al colisionar un peñasco contra mi nuca. Lo último que me vino a la cabeza antes de desfallecer fue el rostro, altivo e imponente, del aciago Ares Ludovisi, transmutado por el paso de los milenios en aquel que ahora

se había presentado ante los mortales como Don Gradivus, alter ego del jeque turco Mr. Arslan.

## II

Observé alcobas plagadas de hombres y mujeres semidesnudos, entregándose al deleite de la carne. Corredores interminables y largas escalinatas que daban a las habitaciones de innumerables trabajadores del sexo, dispuestos a satisfacer a la más variada clientela. Por ahí circulaba lo humano y lo inhumano, lo convencional y lo extraordinario; pero, aún así, todos encontraban a alguien capacitado para satisfacer sus más grotescos fetiches a cambio del pago de un precio justo. Volé hacia el exterior del gigantesco burdel y las alas de mi espíritu me condujeron a otro lugar.

Era una mansión, decorada con motivos acuáticos, destacando la gigantesca fuente con forma de concha venera que ocupaba el patio. Volé a través del jardín como si fuera un fantasma y atravesé la puerta. Fui recorriendo pasillos, por los que transitaban individuos, vestidos con una cierta elegancia y que ocultaban sus rostros tras máscaras venecianas. Una música refinada invadía las estancias y, al seguirla, me vi conducido a un amplio salón, al fondo del cual habían dispuesto un trono rococó, sobre el cual se sentaba la mujer con el cuerpo más hermoso que jamás había visto. Y hablo de su cuerpo porque no podía ver su rostro, cubierto por una versión ornamentada de la máscara del médico de la peste.

En un rincón de la sala había un espejo, cubierto por una cortina. Sentí que me estaba llamando avancé flotando hacia él. Pero, cuando me encontraba ya a punto de acariciar el velo, algo me agarró por la pierna. Y, al girarme, me topé con aquella mujer de hermosas formas. De algún modo, se había desplazado hasta mi en aquel breve lapso de tiempo, era casi como si se hubiera teletransportado. Y, ahora, me clavaba unos ojos del color del océano, que acechaban desde los agujeros de la máscara. «¿A dónde vas, pajarito?»

Me desperté, sobresaltado, y me vi en un lugar que jamás había visto. Se trataba de una pequeña estancia rodeada de sillones, con una pipeta de fumar en el centro. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo verde y en el aire había un aroma a pachuli, mezclado con el de otras sustancias exóticas que no alcanzaba a identificar.

—Parece que te ha detectado —dijo un hombre de una cierta edad, con marcados rasgos asiáticos.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Hace un rato estabas en *un sueño dentro de un sueño* —me dijo—. Ahora estás en un sueño, pero *no estás soñando*.

—No entiendo nada.

El hombre se rio con una cierta malicia y procedió a explicarme superficialmente que me encontraba en el reservado de *El gabinete de la luz lunar* y que él era Zhao, el boticario. Me había encontrado moribundo a los pies de la colina de Marte Gradius y me había traído hasta aquí para sanarme. Al parecer, lo que había visto en mi sueño eran el inmenso prostíbulo conocido como «Casa de Venus» y, posteriormente, la mansión de la propietaria, Madamme Venus. Me estremecí al escuchar el nombre, que me hizo recordar las insinuaciones siniestras que solía realizar mi amiga Martina en relación con aquella diosa pagana. Tragué saliva y el hombre pareció percatarse, pues me sonrió.

—Supongo que deseas regresar a tu hogar, pobre descarriado, que has cruzado un espejo siguiendo la tentación de un conejo. ¿O fue tal vez un gato? —el asiático se rio tras hacer aquel comentario, que no pude sino interpretar como una broma de carácter sexual.

—Sí, por supuesto —respondí—. Pero, ¿cómo, si no sé ni dónde estoy?

Zhao le dio una calada a la pipeta y escupió una nube de humo, cuya forma comenzó a distorsionarse hasta parecer el espejo velado que había visto en mi sueño.

—La respuesta es que una entrada... ¡una entrada también puede ser una salida! —dijo—. Y creo que ya te acercaste a ella en tu sueño. Tu billete a casa se encuentra en la morada de aquella que rige sobre estas tierras, aquella que esclaviza por medio del placer y la embriaguez, la reina de toda sensualidad y engaño. Aquella que fue expulsada del Elíseo por su impiedad y que fundó su feudo donde antes regía Hypnos.

—¿Me llamaba? —se escuchó una voz, procedente del exterior de la estancia.

—Oh, no tan solo te estaba nombrando —respondió Zhao.

—Espero que no hable más de la cuenta, Zhao —dijo nuevamente la voz.

—Yo siempre hablo más de la cuenta —dijo el boticario.

Ya no hubo más intercambio con aquel misterioso interlocutor. Mi conversación con Zhao tampoco tardó ya en concluir. Me dijo que debía

buscar una forma de infiltrarme en la mansión, pero que él no podía darme más información porque «si no, no tendría gracia».

Salí del reservado y me topé con un camarero o botones vestido de blanco, cuya voz creí identificar como la de aquel que estuvo antes hablando con Zhao. Este me condujo a través de lo que parecía una taberna iluminada con neón verde y me mostró la salida. Tras agradecérselo, abandoné el local.

En el exterior, me topé con la calle más sucia y oscura que había visto en mucho tiempo. En las esquinas, se amontonaban los cartones donde dormían los mendigos. También había dispuestos varios puestos de mercadillo, bastante sucios y destalados, situados junto a locales que no parecían pasar por su mejor momento. Cuando iba a pasar por delante de uno de ellos, un puesto dedicado a la forja artesanal, salió a mi encuentro su propietario, que parecía tener la intención de hablar conmigo. Era un hombre anciano y musculoso, aunque con múltiples deformidades, al parecer fruto de lesiones mal curadas. Llevaba unas gafas protectoras para evitar que las brasas lo cegaran.

—No sé qué negocios tienes con Zhao, pero yo no me fiaría de ese... ser —me advirtió.

—Apenas lo conozco —respondí—. Creo que me rescató y me ha dicho como salir de aquí.

—Nadie sale de aquí —me dijo—. Yo antes era un dios, era respetado y tenía la esposa más hermosa... pero, ¡mírame! Ya nadie se acuerda del viejo V'ulphaiostos, señor de la forja, que ahora se dedica a fabricar cubertería de acero inoxidable en la calleja de Chrisahuel. La infame de mi exmujer me condenó a este foso infecto por deseo de su actual marido, el maldito de Gradiivus. ¡Cómo se les ha subido el poder a la cabeza a esos mangantes! Y eso que literalmente reinan sobre el mayor estercolero de las Tierras del Sueño. Las tierras de Venus, en el País de Pnaklendorf... ¡es apropiado que esto lleve ahora su nombre, el de la más indigna de las mujeres!

—¿Eres Hefesto? —no pude evitar preguntarle.

—Así me han llamado alguna vez, pero ya no me agrada, pues es nombre de dios. Ahora solo soy el viejo V'ul o V'ulphaiostos a secas.

—Zhao me dijo que podía volver a mi hogar si atravesaba un espejo de la mansión de Venus —le dije—. ¿Tú no podrías...?

—Es imposible —me cortó—. Madamme Venus tiene ojos y oídos por todas partes.

Vi que con su mano hacía un gesto casi imperceptible, que parecía invitarme a pasar.

—De acuerdo, dejaremos el tema. Aunque me gustaría que me enseñaras tu tienda.

V'ulphaistos sonrió, al observar que había entendido sus intenciones.

—En ese caso, sígueme. Me gustaría mostrarte unos productos particularmente exclusivos que tengo guardados en la trastienda.

Seguí al anciano por el interior de su negocio, avanzando dificultosamente entre los objetos y cajas que se amontonaban anárquicamente por el interior. Finalmente llegamos ante una cortina, que descorrió, revelando una puerta acorazada con tres cerraduras. La abrió y me invitó a pasar.

Accedimos a lo que parecía un trastero, que V'ulphaistos iluminó encendiendo unas velas. No necesitó mechero, fue como si el fuego hubiera surgido de entre sus propios dedos. Sacó un par de sillas y, tras despejar un poco la sala, cerró la puerta a nuestras espaldas.

—Aquí no debería ser posible que nos escuchen —dijo el anciano.

—Entonces, ¿sí puedes ayudarme? —pregunté.

—Sí, aunque, si alguien se entera, puedo meterme en líos. Sigo siendo poderoso, ¡más que un ejército! Pero, si *ellos* se unieran contra mí, podrían expulsarme del País de Pnaklendorf. Quizás me obligaran a ir más allá del Río Skai, donde las huestes del Caos Reptante ejercen su dominio. Puede que lograse resistir un tiempo, hasta que alguna entidad primigenia pusiese sus ojos en mí y decidiese darme un destino peor que la muerte. Porque los dioses, que no conocemos la vida, tampoco conocemos la muerte. Aunque, a menudo, la muerte es algo que uno puede acabar implorando, sobre todo cuando el castigo se vuelve más atroz que el mismísimo *oblivion*.

—De acuerdo, no hablaré de ello.

—No me basta con que lo prometas —me dijo— necesito que te pongas esto.

V'ulphaistos me entregó un extraño anillo metálico, que me obligó a colocarme en el dedo índice.

—Mientras estés en el País de Pnaklendorf, no será posible que te quites este anillo. Y, si fueses a hablar más de la cuenta, del anillo saldrán unas agujas que se clavarán en tu piel e inyectaran un veneno que disolverá hasta tu misma esencia. Ahora te revelaré aquello que necesitas saber para regresar a casa.

El anciano extendió un mapa, que parecía mostrar los principales lugares de aquel rincón del País de Pnaklendorf que conocían coloquialmente como «Tierras de Venus». Pude reconocer tanto la villa de Gradius y El gabinete de la luz lunar como el burdel y la mansión que pertenecían a la infame Madamme Venus. También aparecían señalados otros tantos «lugares de interés», referidos como «río Skai», «sede de *Paradise Records*», «sede de *Medusa Creations*», «centro comercial *Via Principalis*», «Arboleda de las negaciones» y «senda a la Tierra de los retazos, en los dominios de los Primordiales».

—Como supongo que no eres tan estúpido como para colarte en la mansión de Madamme Venus por la puerta principal, agradecerás saber que hay un puñado de entradas secretas, que yo llegué a conocer mientras aún estaba casado con esa fulana. Desafortunadamente, la gran mayoría de ellas están firmemente vigiladas, exceptuando dos.

V'ulphaistos señaló dos puntos en el mapa. El primero de ellos era el Centro Comercial *Via Principalis* y el segundo la Arboleda de las negaciones.

—Hay una razón por la que en esos sitios no hay vigilancia —me dijo—. En el centro comercial porque, desde que cerró, ya nadie pasa por allí, así que los esbirros de Venus bloquearon el pasaje con una cerradura especial y se fueron. En el bosque porque, cada vez que han apostado guardias, estos han desaparecido en extrañas circunstancias. El bosque es un lugar maldito y jamás deberías pisar allí, pues correrías el riesgo de perderte, y no solo físicamente. Puedes acabar fácilmente perdiéndote a ti mismo si él te engaña para que respondas a sus preguntas.

—En tal caso, ¿habría de ir por el centro comercial?

—Así es, pues, por fortuna para ti, yo puedo facilitarte una copia de la llave. Sin embargo, solo podrás usarla una vez, por precaución he introducido en ella un defecto que hará que se deforme una vez que abra la puerta. Lo hago por prudencia, es para evitar que puedan identificar que mi mano ha participado en la elaboración de la misma. Al fin y al cabo, ¿quién sospecharía que el dios de los artesanos ha fabricado una pieza de tan mala factura?

»Y, antes de que marches, he de darte algo más: un silbato de bronce dorado que, al igual que lo anterior, está pensado para tener un único uso. Sóplalo cuando te sientas en una situación desesperada y te ayudará a salir airoso. Te diría que espero que no tengas que recurrir a él, pero no soy un

iluso y sé que lo más probable es que te haga falta. Un único uso, una única oportunidad; por tu bien, más te vale saber cuál es el momento adecuado para ello.

Con estas palabras y haciéndome entrega de un mapa y de los objetos acordados, V'ulphaistos se despidió de mí y me invitó a abandonar su tienda, recordándome una vez más que «Madamme Venus tiene ojos y oídos por todas partes».

El Centro Comercial abandonado se encontraba al noroeste, fuera de los principales barrios de las Tierras de Venus. Para llegar hasta él, tuve que recorrer calles sucias y atestadas de rateros y de individuos de dudosa ascendencia, muchos de los cuales parecían fruto de una relación adulterina entre hombre y animal. Muchos me miraban con recelo, como si se diesen cuenta de que yo no era de por allí. Creo que fue un milagro que ninguno me hiciera nada, en varios momentos temí por mi propia seguridad. Y, entre tantos ojos y oídos, no me percaté de que había unos de los que hubiera hecho mejor en guardarme, pues alguien me había estado siguiendo desde que salí de la tienda de V'ulphaistos.

Tras una larga caminata, llegué finalmente ante el viejo centro comercial, un auténtico cadáver urbanístico de dimensiones descomunales. La puerta estaba cerrada, pero era de cristal, así que, tras mirar a mi alrededor y asegurarme de que nadie me estuviera viendo, tomé un trozo de adoquín del suelo y rompí con él el vidrio, abriéndome una entrada improvisada. Pasé por el hueco y me vi en un amplio corredor, repleto de escaleras mecánicas que, sin duda, llevaban largo tiempo sin moverse un centímetro. Fui avanzando entre locales desocupados y carteles descoloridos, esquivando algunos fragmentos de techo que, debido a la falta de mantenimiento y problemas estructurales, se habían ido desprendiendo. Todo allí rezumaba un aire a muerte, a abandono.

En cierto momento, escuché un gruñido que me heló la sangre. No me había parado a pensar en la posibilidad de qué, aprovechando la ausencia de tránsito en el lugar, algún animal salvaje hubiera hecho allí su morada. Pronto se repitió el sonido y, al buscar su procedencia, observé, escondiéndome detrás de un montón de escombros, a una criatura de gran tamaño, semejante a un león. Y, tras él, había una inmensa puerta con una extraña cerradura. Maldije al darme cuenta de que aquel era el portón por el que debía de entrar, dándome cuenta de no tener ninguna posibilidad de llegar hasta él mientras estuviera ahí delante aquel horror leonino.

Tras cavilar, se me ocurrió una idea, aunque no sabía si funcionaría: iría a la sala de energía del centro comercial y, desde allí, encendería la instalación eléctrica. Aquello podría servirme para generar una distracción o, tal vez incluso, para ahuyentar a la criatura. El problema que veía era que quizás ya no funcionase, ya que era posible que el circuito estuviese dañado.

Fuera como fuese, decidí jugármela con aquella idea. Busqué una ruta que me permitiese llegar a aquella sala lo más fácilmente posible, evitando pasar demasiado cerca de aquella criatura. Tras consultar un mapa del centro comercial que se seguía exhibiendo en relativamente buen estado, subí discretamente por las escaleras mecánicas, actualmente inmóviles. Me quedé petrificado al darme cuenta de que mi plan no tenía futuro, ya que la puerta de la sala a la que me dirigía estaba bloqueada con cadenas metálicas y un candado. Me senté a cavilar, tratando de averiguar cómo podía proceder, y fue entonces cuando escuché un estruendo en la planta baja, seguido de un rugido. Me asomé desde el piso en el que estaba y vi al descomunal felino desplazarse en busca de la fuente del ruido.

Vi aquello como mi única oportunidad para salir del atolladero. Descendí velozmente, aprovechando la repentina ausencia del monstruo, y me planté ante la puerta del pasadizo. Introduje rápidamente la llave de V'ulphaistos y abrí la cerradura. Ya comenzaba a ceder el portón cuando sentí algo afilado presionándome contra la espalda.

—Avanza, no te des la vuelta, no preguntes nada —dijo una voz masculina.

Quien quiera que fuese aquella persona, me había estado siguiendo. Debía haber sido él quien apartó a la criatura de la puerta, posiblemente con la intención de tenderme una trampa.

Temiendo por mi vida, atravesé el umbral, internándome en un pasadizo oscuro. La puerta se cerró a mis espaldas y, con ella, se fue todo rastro de luz.

—Sigue recto —me dijo la voz.

Una luz se encendió detrás de mí. El individuo debía llevar consigo un farol o algo similar. Quise girarme, pero nuevamente noté un pinchazo en la espalda. El otro debía de estar amenazándome con un puñal o una espada. No me quedaba otra que resignarme y seguir adelante, sin hacer preguntas. Tenía en el bolsillo el silbato, pero algo dentro de mí me decía que aún no era el momento de usarlo. No sabría explicar muy bien aquella sensación, se

podría decir que fue una coronada. De cualquier forma, opté por seguir adelante sumisamente y ver adonde me llevaba aquella situación.

El corredor se me hizo eterno, y más por el hecho de que, cada poco, me topaba con largas series de peldaños ascendentes. Fue extenuante, y más teniendo en cuenta que mi acosador no me permitía ni detenerme para recuperar el aliento, bajo amenaza de hundir su filo en mi nuca. Cuando alcancé el final, apenas conservaba energías.

El corredor terminaba en una pequeña portezuela, que daba a lo que parecía un almacén. Fui empujado fuera del mismo y me encontré en medio de un pasillo, cubierto de lujosas alfombras rojas y decorado con vasijas griegas y esculturas, en su mayoría representando a la Venus-Afrodita. Pude reconocer aquel lugar por mi sueño: estaba ya en el interior de la mansión de Madamme Venus. Un individuo enmascarado, vestido ricamente, se acercó a nuestra posición e intercambió unas palabras con mi captor. Tras ello, se dirigió a mí para decirme que «la Madamme me estaba esperando».

Fui conducido por pasajes que me resultaban familiares para, finalmente, alcanzar las hermosas puertas de madera que daban al gran salón. Según se abrieron, sentí una bocanada de un aroma que a punto estuvo de nublar la entendedera. Y, ante mis ojos, se mostró una sala que parecía encarnar el concepto mismo de lujo, plagada de oro y terciopelo. Estaba abarrotada de individuos enmascarados y, en el centro de todo, se encontraba la sensual y voluptuosa figura de Madamme Venus.

Máscaras de la peste. Todos llevaban máscaras de la peste. Y yo me comenzaba a sentir mareado, aturdido. Lo estaba cada vez más, la sensación se incrementaba con cada bocanada de aire que invadía mis pulmones. No tardé en darme cuenta de lo que aquello significaba: había algo extraño en el aire. Me estaban drogando.

—Bienvenido a las estancias de mi nada humilde morada, tú, que apuestas con los aromas de *aquel que acecha desde Tindalos* —me dijo Madamme Venus—. ¿Te envía ese malnacido de Zhao?

—No sé de qué estás hablando —le respondí, mientras mis ojos vagaban por la estancia, buscando el espejo.

Aquello que buscaba estaba en el mismo rincón en que lo vi en mi sueño, cubierto por una cortinilla. Fue entonces cuando otro individuo se acercó a la anfitriona para susurrarle algo al oído. Tras unos breves instantes se apartó de ella y, tras hacer una reverencia, abandonó la sala.

—De acuerdo, ya sé quién eres —sentenció Madamme Venus— al parecer eres un niño travieso que se ha escapado. Se supone que ayer mi bomboncito iba a haberte enviado ante mí, pero decidiste hacer una diablura. Pero no temas, mami es piadosa y no te castigará demasiado, siempre y cuando seas un buen chico y respondas a lo que te pregunto. ¿Lo harás?

Pude sentir una cierta hostilidad en el aire: los esbirros de Madamme Venus se me habían ido acercando y parecían estar acechándome, dispuestos a abalanzarse sobre mí en el caso de que diera una mala contestación o tratase de escabullirme. Además, tenía la sensación de que, poco a poco, mi conciencia se iba desvaneciendo, sometida por la droga.

—De acuerdo —contesté dócilmente.

—Buen chico —Madamme Venus sonrió bajo su máscara— Empecemos pues, ¿está en ti el Emperador Inmortal?

—No sé qué es eso.

—Bien. En tal caso, ¿de qué conoces a Zhao, el boticario?

—Él me rescató —respondí.

—¿Solo eso? ¿No puedes decirme algo más sobre vuestro encuentro?

—Me llevó a un lugar llamado «El gabinete de la luz lunar» —dije, casi automáticamente—. Allí me advirtió sobre ti.

—Oh, ¿qué les pasa a todos? ¿Por qué ese interés por difamarlo? No los escuches, ven aquí, te mostraré en quién debes confiar.

Me acerqué a Madamme Venus y ella me envolvió en sus brazos. Me hizo alzar la mirada y, levantando un poco su máscara, hizo que sus labios se fundieran con los míos, embriagándome con el beso más sensual que jamás había recibido. El beso de una diosa, capaz de quebrar el espíritu de cualquier hombre.

—¿De veras crees aquello que dicen de mí? ¿Verdad que no? Abandónate a mi abrazo, el abrazo de la diosa del amor.

Tan solo fui capaz de balbucir, enajenado como estaba.

—Es una lástima que algunos, como mi exmarido, vayan por ahí tratándome como si fuera un monstruo. ¿Tú conoces a mi marido, ese desgraciado de V'ulphaistos?

Ya me disponía a responder con un «sí» cuando mis ojos se posaron en el anillo maldito que el dios de los herreros me había hecho ponerme. Me zafé instintivamente del abrazo de Madamme Venus y retrocedí tambaleándome. Los guardias no tardaron en volver a disponerse en torno a mí, amenazándome con los más diversos tipos de armas.

—Oh, ¿qué sucede, mi niño? ¿El nombre de V'ulphaistos te dice algo, acaso?

No podía decir nada. Una palabra de más supondría que el veneno del anillo pusiese fin a mi vida, mientras que un movimiento en falso haría que fuesen los esbirros de la diosa los que me trajesen la aniquilación. En ese momento lo supe: era ahora cuando debía de usar el silbato, pues no tendría otra oportunidad para salvarme.

Antes de que les diera tiempo a reaccionar, me llevé el silbato a los labios y lo hice sonar. De él emanó un sonido terrible, tan atroz que hizo que todos los guardias soltaran las armas y cayeran al suelo, encogiéndose de dolor. Madamme Venus comenzó a mirar hacia todos los lados, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo, así que aproveché la oportunidad para, con las pocas energías y claridad de mente que me quedaban, lanzarme contra el espejo.

Mis dedos ya casi acariciaban la tela que cubría el marco cuando alguien me aferró firmemente del brazo. Al girarme, al igual que en mi sueño, vi los azules ojos de Madamme Venus, clavados en los míos.

—Mami no está demasiado enfadada. Si te detienes ahora, aún estoy dispuesta a perdonarte. Solo debes ser un buen chico y hacer todo lo que te diga. Solo debes amarme hasta el final de tus días y someterme a mis besos y mis caricias.

Aquellas palabras almibaradas acariciaron mis oídos y me hicieron titubear. Esos labios y ese cuerpo me ofrecían un placer ultraterreno vedado al común de los mortales. Pero no. Aquella rosa tenía espinas y someterme a ella supondría renunciar a mi voluntad. Sería casi como estar muerto.

Ese pensamiento inquietante me dio las fuerzas necesarias para alargar la mano y descorrer el velo. Madamme Venus retrocedió, soltándose y profiriendo un grito de pánico. Y es que, en el espejo, no se apreciaba aquella joven sensual de cuerpo perfecto y piel marmórea, sino una cosa humanoide similar a una mujer obesa, cuyo vientre, negro como el ébano, contrastaba con un busto pálido y lechoso, tan blanco que parecía el de un cadáver. Al apartar la mirada del espejo y volver mi rostro hacia ella, ya no pude apreciar aquella belleza ultraterrena de la que solía hacer gala, sino que había comenzado a mostrar aquel aspecto enfermizo, horrido y amorfo. Era casi como si se hubiese vuelto *el reflejo de su reflejo*.

Pero su transformación no acabó allí, sino que siguió hinchándose y deformándose, con tentáculos emergiendo por doquier de su piel y un ojo se

abriéndose en su vientre. Un ojo que no solo era solo un ojo, sino también unas fauces y unos genitales femeninos. Soy incapaz de explicarlo, pero era como si, al dirigir la mirada hacia aquel órgano bizarro, estuviera observando a la vez las tres cosas, superponiéndose como si de un espejismo se tratara. Sentía como si aquel inefable orificio me estuviera susurrando las más depravadas obscenidades, que se clavaban como alfileres en mi cerebro. No puedo explicarlo, era como si, de algún modo, aquel horror rezumase erotismo, apelando a lo más básico, lo más primitivo. Pude comprender que pretendía aplastar mi mente y someterme, volviéndome poco más que un esclavo de mis impulsos.

Es por ello que tuve que forzarme a apartar la mirada y saltar directamente hacia el espejo, esperando escapar de aquel aberrante País de las Maravillas, en el cual había acabado por seguir a un conejo. ¿O fue tal vez a un gato?

# LA GRATITUD DE UN PADRE

POR VÍCTOR ANDRÉS  
PIÑA GONZÁLEZ

*Un joven paria desafía las Estepas,  
donde hasta los lazos de sangre pueden  
congelarse... ¡o renacer!*



La noche ya ha caído sobre la estepa. La Luna, apenas recobrándose de su fase oscura, me mira en mi retorno de un breve viaje de caza, y estoy igualmente decepcionado como mi caballo Tarsíl. Mi aliento es visible en el frío aire nocturno. No tuve suerte esta vez, no cobré ninguna pieza. Ser un paria en mi tribu es una carga de la que no puedo escapar. Los parientes de mi padre no me ofrecerán ayuda, y mis hermanas que me acompañaron desde los Reinos De Las Brujas, más fuertes de lo que jamás les di crédito, no han proferido ni una sola queja. Al menos no tengo una mujer o un hijo a quienes mantener.

Mis pensamientos se dirigen a Tobáil-Gûrhen. Él y su novia de la infancia desafiaron la tradición, casándose y rompiendo sus matrimonios arreglados, avergonzando a sus familias. Fueron desheredados, expulsados al borde de nuestros campamentos, no muy diferente de ser arrojados a las Estepas; una sentencia de muerte tácita. Aquí, una familia solitaria es como si estuviera muerta. No podía quedarme de brazos cruzados, así que empecé a dejar algunas de mis presas junto a su *yurta*: liebres, conejos, faisanes. Siempre me aseguraba de no ser visto, para evitarle la vergüenza de mendigar... Debería decir solo «Gûrhen», porque su padre le quitó el apellido familiar, y su amada sufrió un castigo similar, arrebatándolos de sus linajes.

Me pregunto qué se siente ser padre.

Te extraño, Érzebet. Habría sido un honor formar una familia contigo. No debería haberte dejado en los Reinos De Las Brujas, aunque seas una oficial de alto rango en el ejército de la Reina. ¿Qué estás haciendo ahora?

Mis pensamientos sobre Érzebet se cortan de repente. Tarsíl se mueve bajo mí, inquieto, sus orejas se crispan. Escucho atentamente. Cascos. Alguien me sigue. No reconozco el ritmo de los pasos de su caballo. Mi paciencia se agota. Giro mi caballo, la tensión en mi voz más aguda de lo que pretendo.

—¡Quienquiera que me siga, que se muestre! ¡No estoy de humor para juegos!

Hay una pausa, lo suficientemente larga como para hacerme preguntar si lo imaginé, luego un jinete emerge de la niebla polvorienta que se cierne sobre la Estepa. Una figura alta vestida de lana y pieles, trenzas en su barba y escudos familiares en forma de nudos de colores que puedo distinguir a pesar de la distancia. La barba y las trenzas señalan que ha matado enemigos y engendrado muchos hijos. Los nudos marcan su familia, su linaje. Incluso en las Estepas, la tradición se aferraba a nosotros, sin importar cuán lejos cayéramos de ella. Su caballo avanza pesadamente, con la cabeza baja. Mi *Segunda Vista* hormiguea, confirmando lo que ya sé. Es el padre de Tobáil-Gûrhen.

Entrecierro los ojos, mi mano se desliza hacia el pomo de mi cuchillo, aunque no lo saco. Apenas hemos intercambiado un puñado de palabras desde que regresé de los Reinos De Las Brujas. Él ya había desheredado a su hijo para entonces. Los escudos familiares tejidos en sus pieles eran una marca de orgullo, una marca que nunca podría reclamar, aunque quisiera, al igual que su hijo. ¿Qué quiere ahora?

Se detiene a poca distancia. De cerca, puedo ver el cansancio en su postura, algo pesado en su silencio.

—¿Por qué me sigues? —mi voz cortó más fría de lo que pretendía.

Durante un largo momento, no dice nada, como si estuviera reuniendo palabras que nunca antes había usado. Al principio no me miró a los ojos, sus manos se apretaron en las riendas como si fueran lo único que lo mantenía erguido. Sus ojos finalmente se encontraron con los míos, y por primera vez, había algo en ellos además de desdén. Su voz era baja, casi vacilante, como si cada palabra tuviera que abrirse camino.

—Soy Tobáil-Slóga, padre de... Tobáil... padre de Gûrhen —dice finalmente, con la voz áspera y ronca—. Y sé lo que has estado haciendo. Dejando comida para Gûrhen y su esposa y su hijo.

Me tenso, pero no lo niego. ¿Qué propósito tendría?

—Yo... no lo hice por reconocimiento— digo, manteniendo un tono neutro— simplemente no quería que se murieran de hambre. Eso es todo...

—No —murmura, sacudiendo la cabeza—. Supongo que no.

Sus siguientes palabras parecen costarle.

—Por eso vine... Sabía que eras tú. Las liebres... los faisanes... eso nunca fue suerte... yo... solo quería darte las gracias.

Sus palabras cuelgan entre nosotros, pesadas e inesperadas. La gratitud no era lo que esperaba, ira, tal vez, o el habitual silencio frío; pero no esto. Me toma por sorpresa.

Aparto la mirada, inseguro de qué decir. El silencio se vuelve incómodo antes de que finalmente murmure:

—No merecían ser dejados solos aquí. Hicieron lo que creyeron correcto.

Él asiente, pero hay una sombra en sus ojos, arrepentimiento, tal vez. Es algo que nunca antes le había visto.

—Es difícil, ¿sabes? —dice, casi para sí mismo— Ir contra todo lo que hemos conocido. Desafiar la forma en que se han hecho las cosas durante generaciones, las formas que nos ayudan a vivir aquí en las Estepas.

—Más difícil es ver a tu hijo hacerlo —murmuro.

Sus ojos se clavan en los míos, y por un momento fugaz, el dolor cruza su rostro antes de que lo vuelva a enterrar.

—No es la vida que quería para mi hijo —habla con la voz baja—. Pero es la vida que mi hijo Gûrhen eligió.

La quietud de la Estepa nos envuelve, dos hombres unidos por el silencio y el peso de tradiciones que no elegimos. El agudo filo del resentimiento entre nosotros se embota, aunque sea solo un poco.

Después de una larga pausa, Tobáil-Slóga se endereza en su silla, aclarándose la garganta.

—Has hecho más por él de lo que yo puedo. Estoy atado por nuestras costumbres, pero al menos puedo ofrecer esto —dice, con la voz áspera de nuevo. Saca un saco de su silla y lo deja caer al suelo con un suave golpe.

—Aquí hay comida, herramientas. Cosas que podría usar. Quería darle el cuchillo de hueso que tallé para su mayoría de edad. Para atar y anudar nuestros escudos familiares en su atuendo y darle la espada que solo los

hombres casados empuñan en sus bodas... Pero esos momentos nunca llegarán.

Se queda una vez más callado.

—Pero sigo siendo su padre, y él sigue siendo mi hijo. Y... nos dio un nieto... Uno que mi esposa y yo nunca conoceremos.

Las palabras se sienten más pesadas de lo que esperaba, como si estuviera presenciando un dolor demasiado profundo para comprenderlo realmente.

La inmensa carga emocional de sus palabras golpea más fuerte que el saco en el suelo. No sé qué decir a eso, así que solo asiento.

—Eres un joven extraño, Gál-Bórjem —se dirija a mí después de un momento, casi como una idea tardía—. Eres el hijo de un Ermitaño; uno de los hombres que juraron abandonar la familia y la riqueza para defender a las tribus de monstruos y demonios. Pero tu padre tenía una mujer, una que pocos conocían, y tú naciste. Te envió a los Reinos De Las Brujas con otros aprendices de Ermitaño. Los nobles tribales dicen que fue para tu entrenamiento, pero nadie más que ellos conoce las verdaderas razones.

Se detiene, frunciendo el ceño mientras me estudia.

—Regresaste, no solo como los demás, sino con cuatro chicas de los Reinos De Las Brujas. Al principio, la gente pensó que eran tus concubinas, pero dejaste claro que son tus hermanas. Te ven como un hermano, y por eso estás en esta extraña tierra intermedia. Los parientes de tu padre aún podrían apoyarte, pero sigues eligiendo vivir bajo tus propias reglas, a pesar de que solo tienes diecisiete años y eres más joven que mi hijo Gúrhen.

—¿Qué puedo decir? Soy todo un personaje —sonríe levemente—. Nunca dejaría a nadie a quien quiero mendigar de aquellos que les han dado la espalda. Sé lo retorcidas que pueden ser las familias... pero también sé el refugio que pueden llegar a ser. Espero que algún día puedas conocer a tu nieto, Tobáil-Slóga. Y entregar tus regalos a tu hijo.

Tobáil-Slóga gira su caballo, listo para irse, pero se detiene.

—Si alguna vez necesitas algo... —el hombre deja que la oferta se mantenga en el aire.

Por un momento, me pregunto si alguna vez la aceptaré, pero la idea se siente tan distante como las propias Estepas. Luego se aleja cabalgando, desapareciendo en la noche tan rápido como apareció, regresando a las *yurtas* de su familia.

Ambos sabemos lo que pesa una promesa. Un hombre es tan bueno como su palabra. Atesoraré su oferta, pero sé que solo pediré ayuda si la necesidad

se vuelve demasiado grande para enfrentarla solo. Incluso entonces, sé que probablemente la guardaría para Tobáil-Gûrhen.

Durante mucho tiempo, me quedo aquí, mirándolo, tratando de quitarme el extraño peso del encuentro. Gratitud de un hombre de la importancia de Tobáil-Slóga. Nunca pensé que escucharía esas palabras. Ni ahora. Ni nunca.

Quizás no soy tan buena persona como me gustaría pensar, quizás me veo en Tobáil-Gûrhen. Si hubiera traído a Érzebet conmigo, habríamos estado luchando solos. O quizás una hermandad instintiva entre nosotros como parias, tratando de ganarnos la vida en las Estepas donde incluso los ejércitos de los Reinos De Las Brujas temen venir. No lo sé, pero no olvidaré la oferta de Tobáil-Slóga; un testimonio de su gratitud y amor por su hijo, incluso en esta tierra tan dura.

La Luna está creciendo de nuevo, proyectando su luz sobre las Estepas mientras avanza hacia su fase llena. Es lo único que permanece constante en esta vasta tierra, siempre regresando, por muy oscura que se ponga. Como la fuerza que nos mantiene en pie, incluso en un lugar como este... Quizás Tobáil-Gûrhen y su padre reconstruyan su vínculo algún día. Quizás las Estepas no sean tan implacables como alguna vez creí, quizás los lazos, como la Luna creciente, tienen la fuerza para regresar, incluso en un lugar como este, en una noche tan fría a principios de la primavera.

Me pregunto si Érzebet sigue mirando el mismo cielo.

# *El Horror de hohokam*

(The Ho-Ho Kam Horror)

POR BRUCE BRYAN

«Era un horror muy real y tangible el que se cernió sobre el arqueólogo en Superstition Mountain, tal como se relata en las fascinantes páginas de esta escalofriante y emocionante historia.»

\*\*\*

El primer indicio de que algo extraño pasaba con mi amigo Fulton Shirley lo tuve cuando vi a Jim Nube Roja cabalgando a su pinto a través de la polvorienta calle principal de Picacho.

Ya desde el principio me resultó peculiar, pues, como capataz de los trabajadores nativos del arqueólogo, se suponía que Jim Nube Roja debía estar en Superstition Mountain con el resto de la expedición. En la carta que me envió varias semanas antes, Shirley afirmaba que estaba completamente abastecido para poder pasar, en caso de que fuese necesario, tres meses en aquella dura e inaccesible montaña. Es por ello que me parecía cuanto menos improbable que el indio estuviese en la ciudad para comprar provisiones.

Una leve premonición hizo despertar en mí un brusco y exacerbado interés. Corré tras el indio pima y lo atrapé por las riendas de su brida.

—¡Jim Nube Roja! —exclamé— ¿Qué estás haciendo aquí en la ciudad? Pensé que estarías con el señor Sirley, ¿ha pasado algo, acaso?

Contra su voluntad, el indio se detuvo. Sus ojos, pequeños y brillantes, humeaban con un fuego insondateable.

—Ya no trabajo para Shirley, señor Forsythe —dijo, dubitativo— Yo... yo deserté hace días.

—Pero, ¿por qué?

Mi demanda fue enfatizada por un movimiento involuntario de la temblorosa boca de su caballo. Jim Nube Roja había acompañado a Shirley en todas y cada una de sus numerosas exploraciones por el suroeste americano.

Por un momento, un resplandor pareció arder en el interior de sus ojos oscuros. Balbució algo en voz baja y creí reconocer las palabras «mala medicina». Impaciente, trató de escabullirse, pero me aferré a su brida, dominado por una creciente sensación de aprensión. Algo en la expresión del Pima hizo que se apoderase de mí una inquietud indescriptible.

—Mira, Jim —insistí—. Resulta que sé que el señor Shirley planeaba permanecer en la montaña unos dos o tres meses. Y también resulta que sé que habías sido contratado para acompañarlo. Dime, ¿qué ha sucedido?

El indio se irguió, irritado. En ese preciso instante, su mirada reflejaba algo de ese desprecio que el hombre rojo siempre ha mostrado hacia el blanco usurpador.

—En el Monte del Cielo —siseó con furia— el hombre blanco es intruso. Yig-Satuti no da la bienvenida a visitantes que vienen a hurgar en sus secretos. Es mala medicina para aquellos que buscan perturbar la morada ancestral del dios.

Con esta críptica expresión, soltó las riendas de mi agarre y galopó por la calle. En unos pocos minutos, lo vi cabalgar fuera de la población, posiblemente hacia la reserva de los pima. Y, por el espacio que dura medio ciento de palpitaciones, me quedé paralizado, abrumado por la actitud del indio, mientras mi mente luchaba con una insidiosa sensación de amenaza. Algo, estaba convencido, amenazaba a Fulton Shirley.

Solo quedaba una cosa por hacer. Me dirigí a la oficina del sheriff Dawson. Por suerte, lo encontré dentro, hojeando un fajo de avisos de «se busca», mientras trataba de espantar, con hartazgo, una mosca verde botella inusualmente ágil. Me miró con cierta irritación, pero pronto su expresión se tornó en una tosca sonrisa, como si reconocerme hubiese bastado para iluminar su rostro severo.

—¡Mal rayo me parta si me equivoco, pero parece que tengo ante mí al amigo del expoliador! —saludó, extendiendo su enorme zarpa— ¿A qué necrófago tramas hacerle hoy el trabajo sucio, hijo?

Aquellas palabras me hicieron estremecer, pero acepté la mano que me ofrecía con entusiasmo y vertí mis dudas como un aguacero primaveral sobre su oído. El curtido agente de la ley, sabio por su experiencia con los indígenas desde la época en que Arizona era una de las Naciones, escuchó impasible. Ninguna expresión cruzó por sus facciones arrugadas y no me interrumpió ni una sola vez. Pero, cuando terminé lo que tenía que decir, apagó su cigarro en el tacón de una bota llena de marcas, se caló un gran Stetson en su pálida cabeza y se puso pesadamente de pie.

—Cabalgaremos hacia la montaña —suspiró—. Los últimos dos días he visto en la ciudad a varios de los pieles rojas de Shirley y eso me ha tenido pensativo. ¿Podemos salir a primera hora de la mañana?

\*\*\*



Al alba del día siguiente, el sheriff y yo, junto con dos de sus ayudantes, cargamos un caballo y nos dirigimos hacia el norte, pasando por el deslumbrante desierto con rumbo a la lúgubre mole de Superstition Mountain. El día amenazaba con ser caluroso, pero el aire matutino impregnaba el aroma penetrante de los árboles de mezquite y chaparral. Mientras intentaba acostumbrarme al trepidante ritmo del potro de mustang que me habían prestado, repasé mentalmente los incidentes que condujeron el viaje de Shirley a esa extraña pero hermosa fortaleza natural, cuyos riscos y contrafuertes se alzaban en medio de una neblina púrpura a unas cincuenta millas de distancia de nosotros.

Fulton Shirley fue uno de los arqueólogos más destacados del suroeste. Últimamente, se mostraba intrigado por la idea de descubrir los orígenes de una raza muy antigua y misteriosa: los hohokam, llamados así por el término moderno pima que significa «pueblo desaparecido», que invadieron el valle del Bajo Gila hacía unos dos mil años. Sus grandes aldeas, comunales y amuralladas, se extendían por toda la mitad sur de lo que hoy es el estado de Arizona; pero, cuando en el siglo XVI Coronado avanzó con su filo de acero por el suroeste, las ciudades estaban en ruinas y sus habitantes habían desaparecido por completo.

Tal enigma étnico suponía un desafío directo para un hombre con el temperamento de Shirley, quien había pasado varios años excavando las ruinas menores que salpican los páramos de la cuenca del Gila. Y, entonces, una tarde, un buscador de oro itinerante entró en su campamento en los Dragoons, recogió una de las muchas piezas de cerámica rojo sobre beige que había por allí, y comentó que había visto un lugar plagado por piezas como aquella en las cumbres ocultas de Superstition Mountain. Era, explicó, una enorme aldea de murallas y torres derruidas. Los ojos de mi amigo brillaron. Había oído rumores de una ciudad perdida y, durante mucho tiempo, había albergado la esperanza de descubrir la capital de esta civilización prehistórica.

Después de esto, nada pudo quebrantar su determinación de explorar los legendarios pináculos. Sin embargo, transcurrió casi un año antes de que completara sus investigaciones en los Dragoons y pudiera emprender una

nueva expedición. Mientras tanto, yo había sido llamado al este para estar allí por un tiempo indefinido.

En Nueva York recibí mi última carta del arqueólogo, antes de que se marchara de Picacho. En ella, como ya he comentado, mencionaba que estaba preparado para una estancia de tres meses. También relataba su conversación con Viento Abundante, el curandero pima, marchito y senil, a quien había entrevistado en su cabaña *wickiup* de la reserva.

—Quería media docena de hombres para excavar —escribió Shirley—. Jim Nube Roja los seleccionó y, siguiendo los formalismos, era necesario pedirle permiso al brujo. Pero, cuando supo adónde me dirigía, el viejo indio casi estalló en lágrimas. «¡Mala medicina!», dijo, expresión típica de los pieles rojas cuando sucumben a la superstición.

—En resumen, parece que Superstition Mountain, el paraíso indio y criadero de serpientes de cascabel para las danzas sagradas, es una especie de santuario. Viento Abundante admitió conocer las ruinas de hohokam, pero él las describió como un lugar tabú, refiriéndose enigmáticamente a sus desaparecidos habitantes como el «pueblo de la Serpiente». Deduzco que la montaña es la sede de algún culto secreto, felizmente oculto al sacrilego hombre blanco. ¡Dios mío, Forsythe! ¡Quizás estoy tras la pista de algo importante!

Volví en mí bruscamente cuando nuestra pequeña caravana se adentró en la ladera algo empinada de un valle fluvial. Apenas hablamos, pues el sheriff y sus ayudantes eran hombres taciturnos. Seguimos adelante con buen ritmo y acampamos hasta bien entrada la segunda noche al pie sur de las escarpadas y desoladas laderas de Superstition Mountain. Y, mientras cenaba, agazapado junto a nuestra pequeña fogata, mis ojos se sintieron irresistiblemente atraídos hacia arriba, explorando con temerosas cavilaciones las sombrías alturas que se alzaban sobre nosotros.

Al amanecer, atamos nuestras monturas y emprendimos a pie la tediosa subida. Durante los primeros cientos de yardas, nos las arreglamos con bastante facilidad, serpenteando de un lado a otro por largos cañones que ascendían gradualmente. Luego, el camino se volvió más vertical, así que tuvimos que tantear en busca de la poca seguridad que nos brindaban ciertos asideros, viendo a menudo cómo la áspera pizarra cedía espantosamente bajo

nuestro peso. Mientras tanto, estábamos muy atentos a las mortíferas serpientes de cascabel que, según se dice, infestan toda la montaña.

Inevitablemente, rozábamos las altas y orgánicas sacuaras, o palpábamos imprudentemente los grupos de cholla venenosa, lo que nos obligaba a detenernos de vez en cuando para extraemos una a una las dolorosas agujas. Liebres orejudas se apartaban de nuestro camino; sapos cornudos, escorpiones y un centenar de variedades de lagartos se escabullían velozmente de roca en roca, o nos observaban sin pestañear desde los mezquites y chaparrales.

Y entonces llegó: el vibrante y estremecedor zumbido de la serpiente de cascabel de espalda de diamante. Uno de los agentes brincó como un ciervo asustado, profiriendo una espeluznante maldición. Casi como si estuviese vivo, el revólver del sheriff Dawson saltó a su mano. Su cañón escupió llamas, y el alto arbusto de salvia que su hombre estaba a punto de pisar se sacudió violentamente. Una feroz cabeza plana, arrancada por la mitad del cuerpo, salió a la vista, seguida por metro y medio de cuerpo, repleto de espirales moteadas y agitadas.

—¡Cerca! —gruñó apáticamente el sheriff, guardando el arma en la funda.

Seguimos adelante, en fila india. Un buitre volaba en lo alto del cielo despejado, atraído desde su ignoto nido por la muerte que seguía nuestros pasos. Sentí una repentina e inefable exaltación al mirar a mi alrededor, al poder apreciar la extraña hermosura que cubría aquellas impresionantes laderas. Aquí, belleza y muerte tomaban forma. Y, en ese momento, yo formaba parte de ambas. Dondequiera que miráramos, abundaban las muestras de vida silvestre; y, también por todas partes, la muerte. En una quebrada rocosa que se abría a nuestra izquierda, un coyote sorprendido se alejó a paso veloz de un armadillo medio devorado, cuya armadura de escamas, herencia de tiempos prehistóricos, no le había servido de nada contra el carroñero. Las aves del chaparral revoloteaban de piedra a arbusto, piando con entusiasmo ante nuestro inexorable acercamiento.

Quizás había una subida más fácil que la que hicimos, pero tras otra hora de arduo ascenso, llegamos al borde de la última cima de la milenaria montaña. Contemplamos una meseta plana, bordeada a cada lado por escarpes almenados. Invisibles desde el desierto, se extendían ante nuestros

ojos los muros desmoronados de una antigua ciudadela de piedra y adobe. No pude reprimir una exclamación de triunfo.

—¡La aldea perdida de los hohokam!

Pero el sheriff, tras una mirada penetrante y casi desinteresada a aquel cascarón vacío que un día fue una comunidad próspera, se detuvo en seco al borde de la meseta. Algo en su actitud, mientras miraba atentamente a su alrededor, atrajo toda nuestra atención. Nosotros también vacilamos, impresionados por su comportamiento.

Entonces, de repente, lo comprendí. A pesar de ser octubre, hacía calor en la cima de aquella montaña, bañada por un desértico sol rojizo. Una coronada me asaltó. Había algo terrible allí, algo amenazante, algo muy maligno. Y, sin embargo, no vimos nada vivo mientras aguardábamos allí, bajo la luz cegadora de un mediodía sin nubes. ¡Pero ese era precisamente el problema! ¡No había rastro de vida!

Desde el momento en que trepamos por el borde de aquella última elevación y salimos a aquella meseta oculta, hubo un cese abrupto de la percepción de cualquier forma de vida consciente. Nada se movía. Incluso la atmósfera estaba quieta, no oímos nada más que nuestra propia respiración agitada. El muro exterior de la ruina estaba a unas cincuenta yardas, y el espacio intermedio estaba cubierto por la típica flora del desierto. Pero la fauna simplemente no estaba allí. Ningún pequeño roedor huía de nuestros pies, ni una lagartija se asoleaba, las aves habían dejado de revolotear sobre nuestras cabezas, ni siquiera en el infinito azul del cielo había rastro de busardos o buitres.

Parecía que habíamos cruzado una frontera intangible para encontrarnos en tierra de nadie, en un oasis de olvido rodeado por todos sus costados por la multitud de criaturas veloces que habitan los áridos páramos del suroeste. Era como si estuviéramos en un lugar de muerte, engendrado por la ausencia de vida.

\*\*\*

El sheriff Dawson fue el primero en romper aquel hechizo antinatural. Con su gruñido característico, comenzó a avanzar con dificultad. Y, al acercarnos a la gran ruina, pisando miles de tiestos y otros fragmentos de cerámica desechada, vislumbramos finalmente lo que buscábamos. Cerca del muro de contención sur de aquel recinto destrozado, se disponía una hilera de tiendas de campaña, con sus lonas desenrolladas e inmóviles en medio de aquella quietud absoluta. Había media docena de ellas, abiertas hacia la gran chimenea de piedra en torno a la cual se disponían. Bajo una cocina portátil reposaban las brasas ennegrecidas y sin humo de un fuego que debía haberse apagado hacía días.

Detrás de la chimenea había un bullo informe de tela rasgada, sabíamos que había sido la tienda de Fulton Shirley. Corrimos hacia ella, temerosos de lo que encontraríamos entre sus pliegues. Nunca había visto una lona de tal grosor tan enredada y destrozada. ¿La habría derribado un poderoso tornado, haciéndola trizas y enrollándola en sus postes rotos? Esta difícilmente podía ser la respuesta, pues las tiendas que albergaban a los trabajadores indígenas del científico seguían en pie, intactas.

Murmurando en voz baja, el sheriff señaló varios montículos bajo los obenques caídos. Sentí náuseas. Tenía miedo, un miedo terrible, de lo que pudiéramos encontrar bajo los escombros. Sin embargo, todos nos pusimos manos a la obra con férrea determinación. Cada uno agarrando un borde de la lona, la despegamos lentamente del suelo. El caos que dejábamos al descubierto era casi increíble. El mobiliario interior de la tienda de Shirley quedó destruido, casi parecía obra de un gigante maligno. Sillas de camping y una mesa plegable quedaron reducidas a astillas; una máquina de escribir portátil estaba como si le hubiera caído encima un pedrusco; el catre estaba casi irreconocible, salvo por la ropa de cama que colgaba de él en un montón flácido y andrajoso. Ropa, papeles, suministros médicos, una cámara: todo aquello que un hombre lleva consigo en un viaje lejos de la civilización se encontraba en un estado de caos y desorden.

Pero de Shirley, o de su cuerpo, ¡no había rastro!

Nos quedamos mirándonos con impotencia. Finalmente, uno de los agentes empezó a explorar el exterior. Los demás nos pusimos a hurgar con desgana en el desastre que habíamos descubierto. En un instante, me

incorporé y miré hacia las ruinas. Sus habitaciones vacías y paredes agrietadas parecieron devolverme la mirada como ojos hundidos y burlones.

El sheriff, que había estado rebuscando entre la ropa de cama enredada, gruñó y levantó algo. Era una pieza de cerámica antigua, un gran cuenco rojo sobre beige, evidentemente desenterrado del pueblo desierto. Pero no le presté mucha atención en ese momento, porque bajo los restos de la mesa de camping, mis dedos se habían cerrado sobre un cuaderno. En la tapa estaba estampada una sola palabra: «Diario». A punto de abrirla, me distrajo el regreso del otro agente.

—Aquí hay algo curioso —anunció con un deje extraño—. He podido encontrar huellas donde los pimas dejaron el campamento, y puedo ver las de Shirley acercándose a esta tienda. Los indios usaban mocasines o zapatos con clavos, pero Shirley llevaba botas de montar. No veo nada que indique dónde ni cómo se fue. Y hay algo más que me tiene perdido...

El hombre se echó el sombrero hacia atrás y señaló con perplejidad el suelo cerca de la tienda caída.

—¿Ves esas zonas lisas como látigos? ¿Y ves dónde a veces rozan las huellas de Shirley? Bueno, si fueran una décima parte del tamaño, o menos, habría jurado que las dejó una serpiente. Pero...

Con más aprensión que miedo, me alejé de los demás y abrí el cuaderno de Shirley. Había varias fotografías de tamaño postal guardadas; dándome cuenta de que parecían ser registros de cerámicas, decidí pasárlas por alto, al menos por el momento. La primera fecha del diario revelaba que mi amigo había acampado aquí el siete de octubre, tres días después de dejar Picasso. A toda prisa, hojeé varias páginas de lo que resultó ser el relato más extraño que jamás haya salido de la pluma de un mortal; y, al comprender la verdadera magnitud de su horror, que se acumulaba lentamente, me di la vuelta para que los demás no pudieran ver mi expresión.

Enmudecido por la consternación que me causó aquello que leí, pasé a la última entrada, fechada el 14 de octubre. ¡Dios mío! ¡Y hoy solo era el decimooctavo! Sentí como si el corazón se me congelara mientras recorría con la vista esas líneas temblorosas, hasta donde la frenética última frase se dibujaba con dificultad, en mitad de un borrón de tinta. Me estremecí. Era demasiado irreal, parecían los delirios de un loco. ¿Habría sufrido Shirley algún accidente que le hubiera afectado el cerebro?

Lentamente, examiné cada una de las fotografías. Entonces me pregunté si no sería yo el que estaba loco. Por fin sabía qué le había pasado a mi amigo Fulton Shirley.

\*\*\*

Durante un margen de tiempo que pareció interminable, me quedé allí, demasiado aturdido para moverme. Mi mirada se clavaba con una fascinación morbosa en las ruinas de la antigua fortaleza hohokam. ¿Qué terrible secreto se escondía tras esos muros silenciosos y bajo esos mudos suelos de adobe? Suelos que, durante quizás mil años, no conocieron la huella del pie humano.

Me recuperé y, al volver con mis compañeros, encontré al sheriff Dawson observando el cuenco de cerámica con una especie de curiosidad distante.

—La decoración más extraña que he visto en una vasija pagana — comentó, ofreciéndome el recipiente—. ¿Qué te parece?

La tomé. Contemplé la imagen pintada en ocre rojo oxidado sobre el fondo beige sin engobe, como una salpicadura de sangre seca sobre la piel correosa de una momia. Mi mente daba vueltas, aturdida por esta evidencia incontestable que sólo confirmaba lo que ya sabía. Me sentí mal, terriblemente mal. Pero no ofrecí ninguna explicación al tácito interrogante que se estaba formando en los ojos del sheriff.

Me sentí aliviado cuando, suspirando, comentó que creía que sería mejor que volviésemos a la ciudad antes del anochecer. Cuando llegamos a nuestro campamento, al pie de aquellas laderas espirituales, la oscuridad ya se cernía sobre nosotros como el asedio de un enemigo. Nos acostamos justo después de cenar y, a la mañana siguiente, regresamos a Picacho, mientras el sheriff se quejaba de no haber encontrado ni una sola pista sobre el destino de Fulton Shirley.

A menudo, desearía poder decir con sinceridad que no tengo ni idea de qué fue de mi amigo. Pero ese cuenco rojo sobre beige encontrado en su tienda de campaña destrozada, la evidencia de las fotografías y las oscuras

pistas de su propio diario, forman una cadena inquebrantable que solo puede llevar a una conclusión.

A continuación, adjunto el extraordinario diario de Fulton Shirley, para que el lector saque sus propias conclusiones:

\*\*\*

Diario de Fulton Shirley

7 de octubre.

¡Por fin lo he visto con mis propios ojos!

Acabamos de acampar aquí, en la cima de Superstition Mountain. Y, desde la entrada de mi tienda, puedo contemplar, bañadas por la luz plateada de la luna, las ruinas de lo que fue la antaño poderosa fortaleza de los hohokam.

Mañana comenzaré mis excavaciones, trazando entre los grandes montones de escombros una sección transversal que separe los fragmentos que contiene. Me pregunto si encontraré, bajo esas piedras silenciosas, la respuesta a una pregunta que me ha fascinado durante mucho tiempo: ¿quiénes y qué eran los hohokam? Y, ¿qué fue de ellos al final?

En cuanto a esta gran aldea abandonada, ¿qué les pasó a sus habitantes? ¿Fueron expulsados por enemigos? ¿O, tal vez, por alguna terrible plaga, similar a la Peste Negra que asoló la Europa Medieval? ¿O, como ha ocurrido una y otra vez en el árido suroeste, se les cortó el suministro de agua, obligándolos a buscar un nuevo hogar? Otro pensamiento, aún más sombrío, me invade, pues, sin duda, este lugar parece exudar un aura de malignidad acechante. ¿Acaso un horror aterrador e indescriptible se apoderó del pueblo? ¿Habrá algo extraño en este lugar? Me advirtieron que no viniera aquí. Por supuesto, no hice caso de las supersticiones de los indios, pero sí tomé precauciones contra las serpientes de cascabel que, según se dice, invaden la montaña. Durante todo el ascenso, dos hombres, con cargas ligeras, nos precedieron varias yardas. Llevaban palos largos para golpear la maleza a medida que avanzábamos.

Cumplieron con su trabajo fielmente. Pero, en cuanto cruzamos la cima del último acantilado y emergimos al borde de esta meseta, se detuvieron al instante. Cuando yo levanté las cejas con aire inquisitivo, Jim Nube Roja negó con la cabeza, con aire de tristeza.

—No hay vida alrededor del antiguo pueblo —dijo—. No hay necesidad de remover la maleza aquí.

¡Qué extraño! Estábamos todos sin aliento, pero, aun así, no se me escapó la sorprendente esterilidad de la llanura. Al subir, habíamos avistado una llamativa variedad de vida silvestre, incluyendo algunas serpientes de cascabel que se movían lentamente. Aquí, en cambio, no había nada. Es poético e inquietante.

Bueno, estoy completamente agotado por haber tenido que subir nuestro equipo por esas cuestas tan difíciles. Un cuerpo cansado significa una mente cansada, llena de todo tipo de alocadas conjeturas. Me voy a dormir.

\*\*\*

8 de octubre.

Justo después del desayuno, empezamos a excavar zanjas en los basureros de la cocina y en los montones de basura que se encuentran fuera del muro del recinto. Jim Nube Roja está familiarizado con este tipo de trabajo, así que lo dejé a cargo mientras yo hacía un reconocimiento de todo el yacimiento. Calculo que hay unas ciento cincuenta habitaciones, incluyendo algunas torres que, incluso en su estado actual de deterioro, conservan cuatro o cinco pisos. ¡Qué ciudadela natural es esta aldea! La muralla del recinto tenía originalmente unos diez pies de altura y, desde las elevadas torres de vigilancia, los antiguos centinelas indígenas habrían podido controlar el desierto por varias millas a la redonda.

Dentro del muro exterior, a tiro de piedra del campamento, hay un amplio espacio abierto, con una peculiar depresión en forma de cuenco en el centro. Las casas colindantes dan a él, como si fuera una especie de plaza pública. Desde fuera, recuerda mucho a una *kiva* poblana. Cuando mis hombres

hayan terminado de excavar en los basureros, creo que les pediré que también caven allí.

\*\*\*

9 de octubre.

Esta mañana, cuando comencé a excavar una zanja en la profunda depresión de la plaza, percibí un ambiente de... ¿nerviosismo, supongo? No cuestionaron abiertamente mi orden, pero se mostraban malhumorados. Los dejé trabajando y volví a mi tienda a estudiar los fragmentos recogidos en las operaciones de ayer. La preponderancia de cerámica roja sobre beige indica que esta aldea floreció durante el período colonial tardío de la cultura hohokam, la época de mayor desarrollo. Por lo tanto, su historia comienza hace más de mil años.

Después de almorzar, Jim Nube Roja me llamó al lugar de la excavación. Los trabajadores estaban reunidos en un pequeño grupo cuando me acerqué, hablando animadamente. En sus rostros morenos se apreciaba fácilmente la presencia de un supersticioso temor.

—*Kiva* —dijo lacónicamente Jim Nube Roja, mientras señalaba el final de la zanja.

Tenía razón. Por un fortuito accidente, las palas de los hombres se habían metido de lleno en la boca del túnel de la antigua cámara ceremonial. Podía ver la pared circular curvarse a cada lado. Mentalmente, me felicité por aquel golpe de suerte, que me había permitido dar con el corazón de aquel santuario religioso, la piedra angular, cultural y estética, de cualquier asentamiento primitivo. Las «*kivas*» son los santuarios subterráneos de los brujos tribales y son tabú para los laicos. Aquí, los curanderos realizan sus extraños rituales, siendo también donde suelen guardarse los horribles ídolos o fetiches a los que dicen servir.

Impaciente por ver qué había dentro, ordené a los hombres que despejaran las toneladas de tierra caída del pozo de entrada.

Más tarde (en torno a las 10), estaba terminando mis notas sobre el trabajo diario cuando Jim Nube Roja entró con una pieza de cerámica bajo el brazo.

Sin mediar palabra, la dispuso sobre mi mesa de campamento. Era un cuenco rojo sobre beige, de aproximadamente ocho pulgadas de diámetro, típico de la fase sedentaria temprana de la cerámica hohokam. Como es de esperarse, me sentí eufórico al contemplar tan extraordinaria muestra de la habilidad artística que demostraron los pueblos primitivos que habitaron esta región.

Pero algo en la actitud de mi capataz me impactó. El pima permanecía de pie, con los brazos cruzados, observándome con unos ojos de ónix cuya inexpresividad me inquietaba. No pronunció palabra, y, tras un incómodo silencio, me dispuse a examinar el cuenco con más atención.

En mi profesión, uno aprende a adoptar una perspectiva práctica frente a cualquier eventualidad que pueda surgir durante el desarrollo de una investigación científica. No obstante, no pude evitar que la emoción me embargara al contemplar las dos decoraciones pintadas en la superficie de esta antigua pieza de arcilla moldeada.

A un lado, contemplé la representación más espantosa de una serpiente de cascabel que la mente humana pudiera imaginar. La criatura ya era lo bastante repulsiva por sí sola, pero lo que la hacía aún más aterradora eran un par de alas membranosas que emergían de su lomo escamoso, algo más abajo de su feroz cabeza. Aquellos apéndices óseos, semejantes a los de un pterodáctilo, se alzaban como si el reptil estuviera a punto de emprender el vuelo en una cacería letal.

—¿Qué estaba buscando? Eso fue lo que me pregunté mientras giraba distraídamente la olla entre mis manos. Entonces lo vi. Al otro lado, justo enfrente de la serpiente alada, se distinguía la figura de un hombre en plena huida. Ninguna palabra puede captar con precisión el horror latente de aquellas imágenes macabras, pintadas sobre la loza cocida en un tono tan rojizo como la sangre. Solo puedo decir que, al comprender el significado de aquella escena, sentí la boca súbitamente seca: ¡la serpiente voraz perseguía a la figura humana, que escapaba presa del pánico!

—¡Dios mío, Jim! —exclamé— ¿De dónde demonios la sacaste?

El indio me observó por un momento con sus ojos insondables.

—Estaba enterrada en la boca de la kiva. Nos ordenaste limpiar el relleno. A los hombres no les gusta. Dicen...

Lo miré casi con aprensión.

—Sí —pregunté—. ¿Qué dicen?

—Dicen que es mala medicina, señor Shirley. Esta montaña es de Yig-Satuti, y solo aquellos sacerdotes purificados por la lluvia zuñi y hopi tienen permitido venir. Toman prestadas las serpientes sagradas para sus danzas, y, cuando terminan los ritos, las liberan para que encuentren el camino de regreso. Pero ni siquiera ellas pueden reptar tan alto como se encuentra esta meseta.

—¿Y qué sugieres, Jim?

—Los hombres quieren volver a enterrar el cuenco ancestral. Es algo sagrado. Y creen que deberíamos irnos.

—¡No seas ridículo, Jim! —espeté, furioso— No eres un niño supersticioso. Fuiste a las mismas escuelas que el hombre blanco. Y has estado conmigo mucho tiempo. Dime, ¿qué o quién es este Yig-Satuti?

El pima se estremeció ante mis palabras, como si expresaran una condonable blasfemia. En las profundidades ardientes de sus ojos, las enseñanzas modernas parecían luchar contra la antigua sabiduría de sus salvajes antepasados.

—Hay cosas que las escuelas del hombre blanco no enseñan —susurró, casi con miedo—. Hay cosas que desconocen. Yig-Satuti es el dios de los indios, y está por encima de todos los demás dioses. No es bueno pronunciar su nombre, pues es celoso con su secretismo. Quienes lo saben, lo adoran en lugares ocultos, lugares que el hombre blanco desconoce. Es mejor así. Yig-Satuti es más antiguo que la tierra misma, toda la sabiduría es su herencia. Aquí, en sus montañas, somos intrusos. Mucho mal nos espera si no nos vamos.

En ese momento, y sin atender mis deseos de obtener más información, Jim Nube Roja dio media vuelta y me dejó solo, observando aquella extraña y antigua cerámica con la mente turbada. Sus vagamente veladas alusiones a un gran dios serpiente, el más antiguo y aborrecible de todos los cultos místicos de la humanidad, han despertado en mí ideas aterradoras.

Me siento un poco débil. El frío parece filtrarse en mi tienda. Las cálidas mantas de mi cama son ahora mismo una tentación demasiado fuerte para resistirme a ella.

\*\*\*

10 de octubre.

Hacía frío cuando me desperté esta mañana. Me habría quedado un rato en la cama, pero lo primero que vi fue ese cuenco rojo sobre beige que estaba en mi mesa de camping. Me recordó a la kiva y al trabajo del día anterior. Pero había algo más. Sentí un cosquilleo en la nuca. Algo en esa vieja olla me pareció extraño; su aspecto no era el mismo que la noche anterior.

No podía descifrar qué era exactamente lo que había cambiado, y pronto fui consciente de que no podía quedarme allí parado mirándola. Me apresuré a vestirme y salí a desayunar. Mientras Jim Nube Roja me servía, vi a los hombres de pie a unos pasos de distancia, en un grupo que transmitía un aire de incomodidad. Parecían hoscos, tensos. Es por eso que me apresuré a comer y me acerqué a ellos.

—¡Miren, muchachos! —comencé bruscamente— No sé de qué tienen miedo, pero nos quedaremos aquí. Quiero que despejen la entrada a esa kiva hoy mismo, y les doy el doble de sueldo para que lo hagan rápido. ¡Ahora, a trabajar!

Murmurando con cierta timidez, recogieron sus herramientas y se marcharon. Regresé a mi tienda para terminar de clasificar los fragmentos. Hubo algunas identificaciones de objetos descontextualizados que me mantuvieron ocupado todo el día.

Después de cenar, Jim Nube Roja pasó a informarme sobre el progreso de la excavación. Su mirada se posó en el antiguo cuenco que estaba sobre mi mesa, y pude ver claramente cómo se quedaba boquiabierto. Una extraña agitación invadió su cuerpo; luego se giró de golpe y a punto estuvo de salir corriendo. Clavé en él la mirada, asombrado por su comportamiento.

Sin duda, hay algo que va mal, definitivamente hay algo que ha cambiado. Pero juro por mi vida que no sé el qué. Además, he descubierto que mirar el cuenco durante más de unos minutos seguidos me produce un efecto perceptible. Es difícil de explicar. Es bien sabido que, cuando se mira fijamente un objeto en la sombra, tarde o temprano parece moverse. Mirar el

cuenco me produce la misma ilusión, pero la sensación que noto es de mareo extremo.

He estado intentando sumergirme en la lectura de uno de los últimos folletos de Gladwyn sobre la arquitectura del Bajo Gila, pero no soy capaz, debo de estar inquieto. Todo parece tan tranquilo, tan silencioso, tan inanimado; en mi tienda, en el campamento mismo y, sobre todo, en esas ruinas melancólicas que se alzan más allá. No hay rastro de humo, ni la familiar presencia de los insectos; tampoco se aprecia ninguna de las leves pero comunes señales de la naturaleza que habrían de romper la monotonía del absoluto silencio en el que este lugar parece estar envuelto.

Todos los hombres se han acostado. Bueno, parece que, al menos, puedo seguir su ejemplo.

\*\*\*

11 de octubre.

Al levantarme esta mañana, evité deliberadamente mirar al cuenco hohokam. Me vestí sin prisa y salí a desayunar. Pero, cuando pasé por la puerta de la tienda, no pude resistirme a echar una rápida mirada hacia atrás. Ahí estaba, reposando sobre mi mesa de acampada. Nuevamente, sentí un calambre en la nuca, experimentando repentinamente el deseo de dar la vuelta y examinarlo más minuciosamente. No hay duda de que ha habido un cambio de apariencia, pero es uno que soy incapaz de discernir.

Cuando terminé de comer Jim Nube Roja me informó reluciente de que el último montón de escombros había sido retirado de la boca de la kiva.

—En ese caso —indiqué— quiero que ordenes a los hombres buscar un estrato de suelo en la torre de vigilancia del muro norte. Pero, primero, tráeme una linterna de la tienda de suministros.

Después de que los pima enviaran a los trabajadores a sus nuevos quehaceres, me dirigí a la cámara ceremonial que acabábamos de abrir. Agachado, contemplé la entrada, que se cernía cual boca bostezante. Aquí estaba el santuario donde los hohokam habían adorado a esos dioses fantásticos en los que creían. Aquí debería estar el fetiche tribal que le fue

confiado al brujo de la aldea. ¿Qué secretos, santificados por el paso de los años, se abrían ahora ante mí?

Aquel escondrijo, semejante a la madriguera de un conejo, descendía con brusquedad en un ángulo de cuarenta grados, y su interior era tan oscuro que me resultaba imposible distinguir nada. Vacilé por unos instantes, contemplando los muros derruidos a mi alrededor y dejando que la cálida luz del sol acariciara mi piel. Los hombres ya habían desaparecido tras una esquina de las ruinas, aunque aún podía oír el golpeteo rítmico de sus picos y palas. De hecho, ese era el único sonido que rompía el silencio, aparte de mi propia respiración agitada.

Inhalando profundamente, como un buscador de perlas a punto de explorar profundidades desconocidas, encendí la linterna y me adentré a gatas en el inclinado túnel. Se extendía sólo unas pocas yardas, y calculé que la kiva estaba originalmente excavada a una profundidad de más de cincuenta pies. En un instante, pude incorporarme, a pesar de las dificultades ocasionadas por la presencia de un techo peligrosamente hundido. Mi linterna proyectaba un punto brillante sobre el muro de contención que se curvaba a cada lado, pero no era lo suficientemente potente como para iluminar el borde opuesto de esta cripta circular.

Del pozo de atrás llegaba un tenue haz de luz diurna, pero penetraba tan solo unos pies y no bastaba para disipar la tenebrosa penumbra en que me encontraba. El silencio era sepulcral. Había un olor acre, a osario, en el lugar; podía sentirse la presencia de algo muy antiguo y maligno. A nadie se le podía culpar si, en mi situación, hubiese dado media vuelta y huido del lugar, cuya atmósfera evocaba sugerencias inefables.

Soltando una risa forzada, me encogí de hombros con nerviosismo y alumbré el oscuro interior con la luz. Enormes vigas de enebro sin corteza, carbonizadas y astilladas por algún antiguo holocausto, asían firmemente un techo semiderruido. Hacia el centro de la estancia, en mitad de un suelo polvoriento, se observaban otros grandes maderos, aplastados por un techo que se había hundido por el peso de los siglos. Un techo ruinoso, pero no lo suficiente como para dejar entrar algún rayo de luz del exterior, por tenue que fuese. Rocas revocadas de adobe habían cedido por doquier, haciendo añicos varias ollas corrugadas, situadas en torno a un brasero de barro.

Cerca de la pared de mi derecha, había un agujero redondo en el suelo, cubierto con una losa perforada de arenisca. Era el *sipapu*, el lugar del fetiche, considerado la parte más sagrada de la kiva. Pero estaba vacío. A lo largo de la pared curva, a intervalos, había nichos tallados, algunos con pequeños cuencos llenos de cuentas de turquesa, otros tenían silbatos y flautas de hueso, y un último estaba ocupado por bastones de oración.

Avancé lentamente, pero me detuve de repente al rozar con el pie algo de tacto quebradizo. Al agacharme, vi que se trataba de un esqueleto. Por las vejigas secas, los tubos de hueso y las plumas de extrañas pinturas que yacían cerca, supuse que eran los restos de un curandero. Pero el estado de los huesos me desconcertó: los brazos y las piernas estaban horriblemente fracturados, la columna vertebral agrietada y las costillas rotas en pequeños pedazos. Algo había ejercido una presión terrible sobre este pobre diablo; ni una trituradora habría podido hacerle tanto daño. Había otros huesos más pequeños, esparcidos por el suelo. Contra la pared más alejada, se alzaba un gran disco de piedra, de dos o tres pies de diámetro, que cerraba a medias una especie de abertura. Evidentemente, formaba una puerta que podía abrirse o cerrarse. Y, mientras me preguntaba qué habría al otro lado, percibí un siniestro susurro que parecía emanar de detrás de la tosca abertura.

Por todo un minuto, permanecí en silencio, inmóvil, con un escalofrío desconcertante recorriéndome la espalda. ¿Había sido el sonido de un leve rasgueo lo que acompañaba a ese primer susurro?

Solté una risa entrecortada. Casi al instante se me ocurrió una explicación. Había sido un grupo de ratas monteras, estaba claro. Todas las antiguas ruinas del suroeste estaban plagadas por ellas. Armándome de valor, me acerqué a ese respiradero parcialmente obstruido. Aunque había olvidado contar los pasos, deduje que la kiva tendría unos cincuenta pies de diámetro. Y ahora tenía algo más de qué preocuparme.

Quizás por un descuido de Jim Nube Roja o por alguna otra razón, las pilas de mi linterna no estaban precisamente nuevas. Y, justo en ese momento, empezaron a fallar. El desalentado haz que enfocaba hacia delante comenzó a debilitarse rápidamente. Y, como si mi valor dependiera por completo de ese tenue rayo eléctrico, sentí cómo también este comenzaba a apagarse.

Aun así, mi curiosidad me impulsó a tratar de examinar ese extraño respiradero en la pared. Quería determinar si era un conducto de aire o alguna salida de la fortaleza del chamán. En mi prisa, tropicé con un montón de dardos emplumados y, al intentar recuperar el equilibrio aferrándome a uno de los soportes del techo, se me cayó la linterna. De inmediato, la oscuridad me envolvió por completo. De la negra hendidura que se abría ante mí, surgió un zumbido repentino y escalofriante. Era como el sonido de guijarros al chocar en una calabaza, sólo que infinitamente amplificado. Y, mientras permanecía inmóvil en el suelo, petrificado por el miedo, el zumbido se intensificó. Un siseo, como una fuga de vapor, me removió el pelo húmedo. Y fue seguido, nuevamente, por ese crujido seco y chirriante.

\*\*\*

Con un grito ronco, rompí las cadenas de aquella parálisis momentánea. Rebusqué en mi bolsillo y extraje varias cerillas. Sollozando por la desesperación y el miedo a lo desconocido, las froté contra la viga del techo. Las llamas se elevaron como una lanza, revelando la horrible sombra que se cernía sobre mí. Y, en medio del resplandor cegador, pude ver que no era solo una sombra.

Como una monstruosidad de pesadilla surgida de esferas ancestrales, una enorme cabeza cuneiforme se alzaba sobre mí. Era blanca y escamosa. En su parte posterior, se agitaba un cuerpo ondulante, enroscándose y retorciéndose en tramos de pálidas manchas que desaparecían en las profundidades insondables de aquel orificio de la pared. Y, de las abiertas mandíbulas de aquella increíble cabeza, brotaba una lengua bífida de un pie de largo, enmarcada por colmillos como cimitarras. Fétidas sibilancias emergían de su garganta, tan gruesa como el cuerpo de un hombre, mientras el horrible cráneo se balanceaba sin rumbo de un lado a otro, buscando... buscando.

Un sudor frío brotó en mi frente y mis ojos quedaron hechizados mientras retrocedía lentamente. Tenía miedo de darme la vuelta y correr, pues, de algún modo, presentía que solo la tenue lengua de fuego en mi mano mantenía más o menos a raya a la criatura. Mi mirada estaba clavada en esos orbes opacos y mercuriales. De alguna manera oscura comprendí que la luz

los hería. La criatura era ciega, o casi, y el resplandor intermitente de los fósforos torturaba sus sobreestimulados nervios ópticos.

Retrocediendo de puntillas, recé con fervor para no tropezar con los escombros del suelo. A tientas, busqué más fósforos, mientras cumplía mi papel en la más lenta de todas las carreras contra el tiempo. Esas endebles astillas de madera no iban a arder para siempre. Y, mientras el cuerpo fétido se desenrollaba y aplanaba para deslizarse deliberadamente hacia mí, vi con una punzada de horror como un par de alas atrofiadas y membranosas brotaban de aquel tronco de color mortecino.

El fuego que sostenía con mi mano temblorosa se consumía por momentos; aunque la sostenía con terquedad, podía ya sentir la llama moribunda quemándome las yemas de los dedos. Aquella cabeza feral, de ojos sin párpados ni pupilas, se acercaba reptando. La lengua bífida se proyectaba con hambre, y, de esos colmillos, curvados hacia adentro, goteaba una baba ponzoñosa. Aquel traqueteo frenético aumentaba por momentos, vibrando contra mis tímpanos como castañuelas gigantes en una danza de muerte. Y, en el único bolsillo que podía alcanzar, no quedaban más fósforos.

Con la sangre escarchada, vi cómo la última tenue brasa que ardía en mi mano se apagaba. Dándome la vuelta y gritando salvajemente, mientras la oscuridad se cernía sobre mí en forma de alas de murciélago, me lancé frenéticamente hacia el tenue resplandor del pozo de entrada. Se oyó un golpe sordo en el lugar en el que había estado hacía tan solo unos instantes y un impacto sacudió los cimientos de la antigua kiva, haciendo que el techo de la cueva se hundiera aún más. Mientras trepaba por el inclinado túnel, tratando de alcanzar la bendita luz del sol, oí un horrible sonido rasposo. Pero, si fue causado por mis botas resbalando en los escombros, o por otra cosa, nunca lo sabré.

Más tarde (en torno a la medianoche). Poner por escrito el relato de la horrible experiencia que viví esta mañana me ha hecho recordarla con demasiada nitidez. Sé que en las incontables pesadillas que están por venir habré de revivir una y otra vez esa loca carrera hacia el mundo exterior. Por suerte, ninguno de los hombres me vioemerger, pálido y conmocionado, de aquel funesto lugar. Me tambaleé hasta mi tienda, me serví un buen trago de brandy y me dejé caer débilmente sobre una silla de camping. Luego, hundí la cara sudorosa en las palmas de las manos e intenté razonar.

Sigo intentándolo. No me cabe duda de lo que vi. Era una serpiente, y una colosal. No exagero al afirmar que, a su lado, una pitón de treinta pies parecería una culebra. Sin embargo, el temible traqueteo que acompañó su furioso ataque parece denotar una ascendencia crotálica. Aunque pareció una eternidad, todo el episodio no pudo durar más que unos segundos. Pero al escribir estas palabras, vuelvo a ver esos horribles ojos, opacos y muertos; ojos del color de una película fotográfica sin revelar, una película en la que se concentra toda la sabiduría despiadada del universo.

¿Es posible que una serpiente de cascabel común, encerrada en una cripta, enterrada y rodeada de rocas, pudiera alcanzar un tamaño tan increíble? Escondida bajo tierra durante quién sabe cuántos siglos; no me extraña que se hubiera blanqueado hasta adquirir ese color apagado. De una cosa estoy seguro: le tiene un miedo mortal a la luz, o me habría seguido al descubierto. Sin duda, el sol tiene un efecto doloroso en sus ojos cegados y en su piel viscosa.

Otra incógnita me viene a la cabeza: ¿de qué se alimenta? Pero al formular la pregunta, creo encontrar la respuesta en la esterilidad de la zona que rodea toda la ruina. Con un instinto más agudo que el del hombre, los animales salvajes de la región han aprendido a evitar la meseta. Es probable que esa área crezca constantemente. Porque, ya sea un desarrollo antinatural de la existencia herpetológica ordinaria, o una monstruosidad longeva traída de la inexplorada Sonora por los antiguos sacerdotes hohokam, hay un horror reptante en Superstition Mountain.

\*\*\*

12 de octubre.

Era tarde cuando abrí los ojos esta mañana, y la luz del sol entraba a raudales en mi tienda. ¡Es extraño cómo la luz del sol puede levantar tanto el ánimo! Anoche era un miserable cobarde, asaltado por dudas y miedos irracionales. Pero hoy era una persona nueva. Incluso empezaba a sentirme algo entusiasmado por el valor científico de mis descubrimientos.

Jim Nube Roja entró con café, tostadas y huevos con tocino. Esa expresión hosca de miedo mal disimulado aún estaba grabada en sus rasgos aguileños,

y respondió con una cierta aspereza a mi saludo. Llevó la comida a la mesa de campamento. Observándolo inadvertidamente, vi cómo de repente se ponía rígido. Su rostro cobrizo palideció. Como un halcón, se abalanzó por el cuenco rojo sobre beige y lo alzó con manos temblorosas.

—¡Yig... Yig-Satuti! —exclamó con voz temblorosa, sus ojos negros girando con miedo— ¡Mira! —gritó, señalando con un dedo como una garra las imágenes pintadas—. ¡La Gran Serpiente se ha movido!

—¿Qué? —exclamé, poniéndome de pie de un salto.

Con brusquedad, le quité el cuenco. ¡Dios mío! ¡Ahora sabía qué le pasaba a esa maldita cosa que me había tenido inquieto los últimos días! La distancia entre la figura de la serpiente de cascabel alada y la del humano que huía parecía haberse acortado. Parecía como si el reptil que lo perseguía le hubiera ganado terreno al aterrado individuo.

Me temblaban las manos, y lo mismo le sucedía a Jim Nube Roja. Pero intenté controlarme. Debía de haber un error. Tal vez mis ojos me engañaban.

—¡Tonterías, Jim! —dije, con un tono innecesariamente violento—. Te estás volviendo una vieja chocha, con tus locas supersticiones sobre esta montaña y tu Yig-Satuti. ¡Y, ahora, sobre este viejo cuenco!

Por un instante, el miedo del pima desapareció y se irguió con una dignidad de la que ni siquiera era consciente.

—La Gran Serpiente se ha acercado sigilosamente al hombre —insistió con firmeza—. Te advertí que venir a este lugar era mala medicina. Solo intentas engañarte a ti mismo, señor Shirley. Pronto la serpiente se tragará al hombre que huye. Y luego... —Su voz se fue apagando, lo cual me resultó terriblemente sugerente.

—¡Estás loco! —repliqué con impaciencia—. Arreglaré esto de una vez por todas.

De un montón de lonas, saqué una cámara. El indio me observó, impasible, mientras la cargaba. Con su ayuda, saqué la mesa de camping a la luz del sol y dispuse el cuenco de modo que ambas figuras fueran visibles en el objetivo. Retrocedí unos pasos y miré por el reflector para enfocar bien. Una sensación de frío me invadió como una mortaja húmeda. En el visor pude ver tanto al reptil retorciéndose como al hombre corriendo. Y recordé claramente haber

notado, cuando Jim Nube Roja trajo el objeto a mi tienda, que las imágenes estaban en lados opuestos de aquel recipiente redondo.

Mis dedos hicieron clic en el obturador. Con una cierta sensación de confusión e irreabilidad, tomé cuatro o cinco fotografías más, mientras el pima aguardaba estoicamente a mi lado.

—Ahora —dije, cerrando la cámara—. Estas fotografías serán de un cuarto del tamaño real. Sin duda, aclararán cualquier duda sobre la distancia entre ellas.

El indio no dijo nada, pero pude percibir la duda en sus ojos mientras se alejaba a grandes zancadas, con la intención de reanudar el trabajo en la torre norte. Volví a mi tienda y terminé de desayunar. Luego, ajustándome un pesado revolver del 45 a la cadera, caminé hacia la entrada de la kiva. La observé un rato, a salvo bajo el sol del desierto. Si hubiera tenido dinamita, sé bien lo qué habría hecho con ella.

Después de reflexionar unos minutos, continué hacia la torre para observar el progreso de la excavación. Jim Nube Roja estaba a gatas, siguiendo con una paleta un estrato de adobe compactado que parecía pertenecer a un suelo. Uno o dos hombres estaban tirando la tierra que él había desprendido, pero los demás permanecían inactivos. Su mal humor no los había abandonado, y noté un brillo en sus ojos al posarse sobre el arma a mi lado.

Haciendo señas a los trabajadores para que me siguieran, regresé a la abertura que descendía hacia la kiva.

—Llenadla —ordené.

Por un momento, se quedaron mirando, como si no hubieran oído. Luego, se pusieron a trabajar con entusiasmo.

(Más tarde.) Esta noche, después de cenar, revelé el paquete de película de la cámara. Antes de acostarme, colgaré los negativos para que se sequen.

\*\*\*

13 de octubre.

Naturalmente, lo primero que vi al despertar esta mañana fue el cuenco rojo sobre beige. Sus inquietantes imágenes han cobrado una importancia crucial desde mi aventura en la kiva. La sensación primitiva de un miedo incontenible me invadió. Me escocían los ojos, como si estuvieran sufriendo una punzada física tan solo por transmitir la increíble evidencia a mi cerebro.

¡Dios mío, esas imágenes están más cerca! No cabe duda. Lenta pero segura, la serpiente se acerca sigilosamente a la figura humana.

Permanecí un momento temblando entre las mantas, presa de una terrible repulsión. ¿Qué significa todo esto? ¿Me estoy volviendo loco?

Finalmente, me obligué a levantarme y examinar los negativos que colgaban de la cumbre. Estaban secos, sostenidos a contraluz. Pero, en todo caso, solo demuestran que, o me estoy volviendo loco, o algo anda terrible e increíblemente mal.

Teniendo en cuenta la diferencia de tamaño entre el original y las fotografías, es evidente que la distancia entre las imágenes pintadas en el cuenco y las que aparecen en la película no es la misma. En la cerámica, el espacio intermedio se ha reducido a la mitad de lo que era ayer.

En ese momento, Jim Nube Roja entró a preguntarme si estaba desayunando en la fogata o en mi tienda. Antes de que pudiera responder, su mirada se posó en el cuenco. Un sonido grave y lastimero salió de sus labios, como el extraño canto fúnebre de un guerrero capturado en una hoguera enemiga. Su boca se movía como si formara sílabas indecibles. Luego, agarrando la cerámica, giró bruscamente y salió disparado.

Por un instante me quedé atónito. Luego me enfadé. Esto ya había ido demasiado lejos. Mecánicamente, me puse la ropa. Luego caminé hacia las ruinas.

Los encontré en la torre de vigilancia. Jim Nube Roja era el centro de un excitado grupo de rostros delgados y bronzeados. Los exhortaba en su propia lengua, sosteniendo en alto el cuenco rojo sobre beige para que todos pudieran verlo. Un inabordable y supersticioso pavor distorsionaba cada uno de sus oscuros semblantes. Un gran macho comenzó a cantar una canción tribal de fantasmas; otro hizo marcas cabalísticas en el polvo con una ramita.

—Dame esa cosa —exigí con ira, arrebatándole el cuenco de las manos a Jim Nube Roja—. Ahora, a trabajar, todos. ¿Para qué creen que les pago?

Un vacilante arrastrar de pies siguió a mi arrebato. Ante la hostilidad manifiesta que se apoderó de esos rasgos oscuros, mi mano bajó hacia mi arma.

—No, no habrá más trabajo.

No estaba seguro de cuál de los hombres pronunció esas palabras, cargadas de firmeza, pero me volví de nuevo hacia el capataz.

—Lo siento, señor Shirley —murmuró, bajando la mirada—. Los hombres se niegan a continuar. Dicen que hemos violado el santuario del Ser Ancestral. Temen su venganza. Otros han venido a este lugar antes, y nunca más han vuelto a ser vistos por hombres vivos.

—¿Qué santuario ni qué narices? —resoplé, con más vehemencia que elegancia— Vosotros, los pimas, no tenéis ningún parentesco con el pueblo perdido que construyó este lugar. ¿Os dais cuenta de que este es el mayor descubrimiento científico desde Pueblo Bonito? Nos hará famosos a todos. Ahora, tomad vuestras palas y volved al trabajo.

Sin esperar a ver el resultado de mis palabras, me alejé furioso. No volví a acercarme a la torre durante el resto del día. Creo que consideran mi presencia aquí una blasfemia mayor que la suya. Quizás, si los dejo reflexionar, continúen con el trabajo.

Después de cenar esta noche, hice varias impresiones de los negativos del cuenco rojo sobre beige. Los extendí para que se secan y me senté a tomar notas. Si las líneas parecen borrosas es porque no puedo controlar una parálisis inexplicable que domina mis manos. Me palpita la cabeza y parece que va a estallar. No puedo escribir más esta noche. Pero, al fin y al cabo, ¿qué queda por escribir?

\*\*\*

14 de octubre.

De alguna manera, siento que el día de hoy marca un punto álgido en mi vida. Si me pidieran que lo explique, no sabría decir por qué.

Todo se encontraba sumido en un extraño silencio cuando desperté. Me quedé tumbado unos instantes, observando el brillante rayo de sol que se filtraba por la solapa de mi tienda. De manera inconsciente, mis oídos amplificaban los sonidos que habitualmente se escuchaban en el campamento por la mañana: el bullicio de Jim Nube Roja preparando el desayuno, el tintineo de los utensilios de cocina, las voces apagadas de hombres hambrientos y el pisar de las pesadas botas. Pero ninguno de estos sonidos familiares lograba alcanzarme, pues presentía que algo andaba mal.

Salté de la cama y comencé a vestirme. Y, mientras me vestía con dificultad, mis ojos buscaron el cuenco rojo sobre beige en mi mesa de acampada. De repente, el calor del sol se desvaneció, y a la quietud del campamento se sumó una inquietante sensación de aprensión. ¡Sobre la superficie beige y opaca de la vieja cerámica, la Gran Serpiente casi había alcanzado al hombre que huía! Había menos de una pulgada de espacio entre las dos imágenes.

—¡Tim! —grité con voz ronca—. ¡Tim Nube Roja!

No hubo respuesta. Salí corriendo y miré a mi alrededor con desesperación. No había un alma a la vista. Tampoco oía el sonido de los utensilios que salían de las ruinas. Bajo la cocina, las cenizas estaban frías y muertas. Asaltado por una premonición agobiante, corrí hacia las tiendas y las miré una por una. Todas estaban vacías.

Poco a poco, la verdad fue haciéndose patente. Los hombres se habían marchado, habían desertado en masa, acompañados por Jim Nube Roja, mi capataz de confianza. No faltaba nada más: ni víveres, ni armas. Ni siquiera se habían detenido a reclamar los salarios que ya se les debían.

Una terrible sensación de fatalidad inminente se apoderó de mí. Estaba solo, atrapado en esta montaña siniestra, abandonado a merced del horror que acechaba entre las ruinas de una aldea olvidada.

Reí con amargura. De pronto, una determinación sombría se apoderó de mí. ¿Iba a abandonar el proyecto más importante de mi carrera por culpa de una superstición primitiva? Esta era mi oportunidad de inmortalizar mi

nombre en los anales de la ciencia. Apreté la mandíbula con obstinación. Y aquí, decidí, era donde me quedaría.

(Cerca de la medianoche). Estaba oscureciendo cuando regresé al campamento esta noche. He recorrido todas las ruinas, colocando estacas numeradas antes de inspeccionar el sitio con cinta métrica y una estación total. Al acceder, rodeé la entrada cerrada de la kiva, apresurándome inconscientemente. ¿Habrían sospechado algo los hombres sobre su temible morador?

Después de preparar la cena, me retiré a mi tienda para tomar estas notas. Aquí, bajo la lona, el ambiente debería resultar reconfortante. Gracias al resplandor constante de la lámpara de gasolina, no hay sombras como las que reptan por el campamento desierto. Sin embargo, no logro tranquilizarme. Ignoro la causa de esta inquietud. Será un gran alivio cuando mi amigo Forsythe finalmente se reúna conmigo.

Esperaba que escribir estas líneas me distrajera de otras cosas. ¿Por qué debería sentirme inquieto? Al fin y al cabo, la entrada a la kiva ya está tapiada.

Justo ahora, he notado que la luz de la lámpara parece un poco más débil. Supongo que se está quedando sin gasolina. La tienda con suministros está al otro lado del campamento. Está bastante oscuro afuera. Quizás quede suficiente combustible para el resto de la noche. La noche... ¡cuán cobarde es la criatura en que se convierte el hombre cuando se pone el sol! ¡La ineludible herencia de un pasado troglodita!

¡Dios mío! [Aquí la página está salpicada por una gran mancha de tinta y algunas palabras son casi ilegibles, como si el escritor hubiera sufrido una conmoción repentina.] Solo miré el cuenco rojo sobre beige. ¡Por Dios, la serpiente ha clavado sus colmillos en el talón del hombre que huye!

Yo p... [Hay varias palabras tachadas en este punto, como si el escritor hubiera cometido sucesivos errores. El texto del diario continúa algo más adelante, ocupando unas pocas líneas.]

Tuve que detenerme un momento para servirme un poco de brandy. Pero es cierto... es cierto, a menos que esté completamente loco. Cada vez es más difícil ver aquí dentro. Ese maldito pima... ¿cuánto tiempo hace que no me rellena la lámpara? Solo queda un tenue resplandor.

Bueno, puedo irme a la cama. A la cama.

¿De qué tengo tanto miedo? ¿No está cerrada la kiva? Ay, Dios, pero ¿lo está? ¿Y ese respiradero en la pared detrás del disco de piedra a medio enrollar? ¿Y la zona mortal en la que está este campamento?

[Aquí la frenética escritura se difumina, algunas palabras se vuelven ilegibles.]

...¿no puede salir de noche? Yig... miedo a la luz. La luz... ahí... va. Fósforos... ¿dónde están... fósforos? ¿Qué... ese extraño raspado... fuera de... tienda? ¡Dios mío, protége...! ¡Yig! Yig-Satu...

\*\*\*

Aquí concluye el diario de Shirley. La última palabra, incompleta y apenas legible, queda garabateada a mitad de página. Y así, con estas líneas finales, se cierra el enigma del caso de Fulton Shirley. El extraño cuenco rojo sobre fondo beige descansa ahora sobre el escritorio, frente a mí. Pero en su superficie ya solo permanece una imagen: la misma que el sheriff Dawson contempló al desenterrarlo de la tienda destrozada del arqueólogo, hace más de un año. Es la figura abultada de una enorme serpiente de cascabel alada, con las fauces abiertas. Y entre esos colmillos horrendos cuelga, inerte, un brazo humano.

Estimados lectores, presentes, pasados y futuros:

En nombre de la revista, me gustaría decir que nos alegra que hayáis llegado con nosotros hasta aquí. Ha sido poco tiempo, pero han sido de trabajo duro, de experimentar con formatos y, ante todo, de aprender de errores para mejorar número tras número.

Esta edición de junio de 2025 es especial porque, finalmente, hemos terminado de definir nuestra estética, de conectar con la comunidad y, ante todo, de consolidarnos como colectivo. Tal como ya hemos mencionado por nuestras redes, vamos a tomarnos un descanso hasta septiembre, ya que, para entonces, tenemos pensado preparar un número especial. Y es que, en septiembre de 1925, hace justo cien años, Frank Belknap Long escribía *The Were-Snake*, primer relato de otro autor en utilizar conceptos ideados por Lovecraft, en concreto al «árabe loco» Abdul Alhazred. Como bien sabréis, tan solo fue el primero de muchos, siendo el hito fundacional del universo compartido de la *Yog-Sothería*, posteriormente bautizado por Derleth como «Mitos de Cthulhu».

Para este número especial, contaremos con al menos dos colaboradores estelares; Y es que un hito como este ha de ser celebrado por todo lo alto y haciendo honor a lo que para nosotros representa y el mensaje que debe transmitir. El centenario de los Mitos ha de ser un evento de encuentro y de camaradería que trascienda la mera literatura. Pues participar del universo lovecraftiano siempre ha sido algo más que escribir pastiches: es tomar parte de un fenómeno cultural, de una red invisible que aglutina a los más diversos individuos bajo su abrazo tentacular. Seguiremos recibiendo feedback y esperamos seguir encontrándonos en las redes habituales.

Dicho esto, me despido, aunque no sin antes invitar a los fans del rol a descargar de manera completamente gratuita nuestro suplemento de rol «La Pedanía del Ágave», muy conectado con uno de los relatos que han aparecido en este número. Espero que sea del agrado de novatos y veteranos.

Un cordial saludo

Yuke Kabula

